

## **IV - Etimología y gramática en la Antigüedad tardía (siglos IV al VI)**

### **1 - La tradición artígrafa**

En el capítulo anterior dejamos emplazada la cuestión de las *artes* descriptivas. La razón no fue otra que el escaso número de testimonios que de este tipo de manuales nos han llegado de los primeros siglos del Imperio.

El material es más abundante en la antigüedad tardía, en especial en los siglos IV y V, en los que este tipo de obras alcanzó un gran auge. Corresponden al siglo IV las artes de Carisio, Diomedes, Dositeo, Mario Victorino y Donato y al siglo V las gramáticas escritas por Consencio y Focas, así como los comentarios que Servio, Sergio, Cledonio y Pompeyo hicieron a las *artes* donacianas, elegidas como modelo entre las distintas *artes* descriptivas. En el siglo VI destacan las obras de Prisciano, en especial sus *Institutionum grammaticarum libri XVIII*.

La abundancia de textos de los siglos IV al VI permite describir mejor tanto el contenido de este tipo de obras, como su disposición interna.

Para Carisio hemos seguido la edición de Barwick (1997 = 1964), para el *ars* de Mario Victorino hemos empleado la edición comentada de Mariotti (1967) y para el resto de los artígrafos la edición de Keil (1981 = 1886). Para aquellos otros escritos que nos han llegado bajo el nombre de Carisio y de Maximo Victorino (variación del nombre de Mario Vitorino, cf. Herzog, 1993: 353) hemos seguido la edición de Keil.

#### **1. 1 - Evolución de las *artes* gramaticales**

En líneas generales la evolución general de estas obras sería la

siguiente: en el siglo III Terencio Escauro y Sacerdote llevaron a cabo una labor de epitomización de las *artes* de los autores de los dos siglos anteriores como son Remio Palemón y Aspro. En el siglo IV se abandonó esta labor para pasar a reescribir este tipo de obras tomando como modelos las de autores anteriores. Cominiano, Carisio y Diomedes no dudaron en citar a Remio Palemón, a Julio Romano y a Escauro. Donato, por el contrario, omitiría sus nombres. En el siglo V, mas que artes gramaticales, se escribieron comentarios, explicaciones al texto de Donato, convertido en texto base para la enseñanza de la lengua latina (cf. Holtz, 1981: 91 s.; Amsler, 1989: 57 ss.). En el siglo VI con Prisciano se volvió a la descripción exhaustiva de la lengua. Su inclusión de nociones de sintaxis innovaría el esquema y la concepción de las *artes* de los siglos que le precedieron.

## 1. 2 - Contenido de las artes gramaticales

Aunque se habla del carácter estereotipado de las artes de la Antigüedad tardía, éstas no se pueden reducir a un modelo estrictamente uniforme. Ofrecen un corpus fijo y, a la vez, variable. Responden a una concepción sistemática de la lengua y sus contenidos giran en torno a conceptos gramaticales cuyo elenco es amplio: la lexis, las partes de la oración, los vicios y virtudes de la lengua latina, la métrica, la prosodia de sílabas finales, las cláusulas de frases y la ortografía.

Estos contenidos solían agruparse según un esquema tripartito que reflejaba una concepción de la lengua que se hace remontar a Varrón: las letras se agrupan formando sílabas, las sílabas palabras y las palabras oraciones<sup>1</sup>. El estudio de las letras da lugar a la primera de las partes de las *artes*. El análisis de las distintas clases de palabras, conocidas como *partes orationis*, constituye la segunda parte de estos manuales. La tercera y última reúne los vicios y virtudes del lenguaje.

### 1.3 - Tipología de las artes gramaticales

Las fuentes empleadas, la extensión, la profundidad en el tratamiento, así como la manera de abordar el contenido de cada una de esas partes hace que se distingan varios grupos de artes.

Holtz (1981: 81 s.) habla de cinco grupos diferentes: el de Sacerdote, el de Cominiano, el de Carisio, el de Máximo Victorino y Audaz y el de Donato, Diomedes, Consencio, y los comentarios de Donato.

Las principales diferencias entre unos grupos y otros estriban en los capítulos referidos al nombre y al verbo.

Con independencia de la clasificación de Holtz, Law (1987: 191-205 = 1997: 54 - 69) describe en términos tipológicos las obras gramaticales que estamos, distinguiendo dos géneros base: la gramáticas escolares o 'Schulgrammatik' y las *regulae*. Reseña la estudiosa (1987: 192 nota 2= 1997: 55 nota 2) que el primero de estos grupos ya había sido señalado por Barwick, pero que el de las *regulae* no ha sido identificado con anterioridad a ella.

Las gramáticas escolares se caracterizan por su estructura sistemática en la que se abordan las partes de la oración una por una, definiéndolas y explicando sus accidentes gramaticales. Las *regulae* tendrían como tema las diferentes partes de la oración (dos de ellas, tres o cuatro, depende del autor) centrándose en sus paradigmas.

Escribieron obras del primer tipo Aspro, Terencio Escauro, Dositeo, Carisio, Diomedes, Donato, Probo (*Instituta artium*), Mario Victorino, Agustín (*ars breviata*), Consencio, Audaz y Prisciano (*Institutiones grammaticae*). Como autores del segundo tipo de obras incluye a Probo (*Catholica*), Agustín (*Regulae*) Focas, Eutico, Prisciano (*Institutio de nomine et pronomine et verbo*) y el Pseudo-Palemón.

Law señala que las obras de Carisio, Diomedes, Probo (*Instituta*

*artium*) y Prisciano (*Institutiones grammaticae*), si bien las incluye en el primer grupo por su estructura, contienen en diversos apartados y contenidos material de las *regulae*.

Junto a las gramáticas escolares y las *regulae*, a finales del siglo IV comenzaría a darse un nuevo tipo, el comentario gramatical, basado siempre en la obra de Donato. Law (1997: 74) apunta como posible causa del mismo el edicto de Juliano. Escribieron este tipo de obras entre otros Servio, Pompeyo y Sergio.

Adoptaremos para nuestro estudio la propuesta tipológica de Law ya que facilita las condiciones de trabajo.

#### 1. 4 - Presencia de la etimología en las artes gramaticales

En ninguno de estos tres tipos de obras, gramáticas escolares, *regulae* y comentarios gramaticales, a excepción del *incipit* atribuido a Sergio (*G. L. 7. 537*), la etimología aparece como uno de los contenidos teóricos a tratar. En dicho *incipit*, del que se tiene constancia por un único manuscrito, la etimología aparece como una de las partes de la gramática<sup>2</sup>. Holtz (1981: 250), basándose en este texto y en los de dos autores de siglos posteriores Casiodoro (*de art. ac disc. P. L. LXX 1153D*) e Isidoro (*Orig. 1. 5. 4*), postula la existencia de un *corpus* gramatical en el cual el *ars* de Donato, pieza esencial, se completaba con una serie de *instrumenta grammaticae* entre los que figuraba la etimología. La ausencia de datos al respecto nos lleva a omitir cualquier referencia al mismo.

Pero el que la etimología no recibiera tratamiento teórico no fue óbice para su empleo en este tipo de obras. No obstante, su uso varía de unas a otras.

En las gramáticas escolares y en los comentarios gramaticales la etimología se utilizaba de forma práctica en la definición de términos técnicos y en el capítulo *de figuris*. A ellos puede unirse su uso en la

ortografía, presente como apartado de la gramática tan sólo en la obra de Mario Victorino, y en el desarrollo de ciertas explicaciones gramaticales diferentes a la definición de los términos técnicos.

En las obras tipo *regulae* la etimología tiene un uso distinto. En ellas no cabe encontrarla ni en las definiciones de términos, ni en el capítulo *de figuris* puesto que en esas obras ni se definen las partes de la oración, ni se abordan sus accidentes.

### 1. 4. 1 - La etimología y la definición de términos gramaticales

Comencemos por el primero de los usos prácticos reseñados, la definición de términos gramaticales.

En las artes del siglo IV, independientemente del grupo al que pertenezcan, la exposición de los diferentes conceptos gramaticales que conforman cada una de esas partes se inicia con una definición del mismo. En algunos casos sigue a la definición una etimología del término en cuestión. En otros hay una referencia etimológica en la propia definición. Encontramos ejemplos de lo primero en Diomedes y Mario Victorino<sup>3</sup>. Como ejemplo de referencia etimológica contamos con Donato, quien para definir las partes de la oración seguía siempre el mismo esquema, “*X est dictus pars orationis quae .....*”, señalando en la oración de relativo el término inductor de X<sup>4</sup>. El empleo de la referencia etimológica no es, sin embargo, específico de Donato. Se encuentran también ejemplos en otros artífices coetáneos más dados al uso de la etimología como son Carisio, Diomedes y Dositeo<sup>5</sup>.

En el siglo V, los comentaristas de Donato variarían la forma de operar de su modelo. Como gramáticos que eran, señalaron en sus obras que convenía empezar las artes gramaticales por las partes de la oración igual que había hecho Donato con su *ars minor*. Tras ofrecer la etimología de las ocho partes distinguidas<sup>6</sup>, retomaban la estructura tripartita típica de estas obras. En el capítulo dedicado a las partes de la oración solían volver a repetir las

etimologías ofrecidas al comienzo de su comentario, haciéndolas seguir a la definición del término en cuestión.

En cualquiera de las opciones descritas (ofrecer la etimología antes o después de la definición o incluir en ella una referencia etimológica) los nombres de los distintos términos técnicos vienen dados según su función. Ésta actúa como término inductor<sup>7</sup>. Las diferentes etimologías son reflejo de una concepción estoica del lenguaje (cf. Flobert, 1987: 29 y Amsler, 1989: 63).

Por lo que respecta a las etimologías de las *partes orationis*, la importancia que tiene en sus respectivas designaciones la función desempeñada por cada una de ellas sería justificada en el siglo VI por Prisciano<sup>8</sup>.

Las etimologías ofrecidas por los artíficos no suponen en ningún caso una reflexión teórica sobre la etimología en sí misma. Los artíficos se sirvieron de ella como una categoría explicativa. El esquema etimológico seguido de forma mayoritaria es de tipo causal “B quod”, “B quia”, “B quoniam”.

La preeminencia de este valor explicativo queda reforzada por el siguiente hecho: en algunas ocasiones, los artíficos, antes de ofrecer la etimología de un término, preguntan por ella. Pueden hacerlo de dos maneras, con *unde* (*unde dictus est?*) o con *quare* (*quare dictus est?*). La respuesta a esta segunda pregunta está introducida en todos los casos con una conjunción causal *quod / quia / quoniam*. Así ocurre cuando Sergio (*G. L.* 4. 487) pregunta por cada una de las partes de la oración, o cuando Pompeyo pregunta por los términos *ars* (*G. L.* 5. 95. 5-8) y *nomen* (*G. L.* 5. 96. 22-23).

En aquellos casos en los que la pregunta se hace con *unde* no existe una correlación estricta entre pregunta y respuesta como en el caso anterior. La respuesta no es siempre una derivación introducida por las preposiciones *ab* o *ex*, que sería lo esperado. También puede estar introducida por una conjunción causal. Mario Victorino sirve de ejemplo de esta variedad de respuestas. Este artífice pregunta en cuatro ocasiones por la etimología de

un término, una vez con la pregunta *quare* y otras tres con *unde*. Las contestaciones dadas a estas últimas preguntas son variadas. La conjunción *quia*, el adverbio *quasi* y la preposición *ápó* introducen las diferentes respuestas<sup>9</sup>.

Con anterioridad señalamos que, frente a las *regulae*, el uso de la etimología en las definiciones o explicaciones de un término era propio de las gramáticas escolares y de los comentarios basados en las artes donacianas. Sin embargo, no se puede hablar de un uso prescriptivo u obligatorio de la misma en este tipo de obras. Un artígrafo no tiene por qué emplearla en la definición de todos los términos gramaticales de su *ars*. De hecho, son numerosas las definiciones registradas en estas obras que no cuentan con apoyo etimológico. Si bien su empleo no es una práctica generalizada, la frecuencia de su uso obliga a reseñar como raros aquellos casos en los que un artígrafo renuncia a su empleo en todas sus definiciones. Así lo hace, por ejemplo, Aspro. En el *ars* que se ha transmitido bajo su nombre se han conservado, además de los fragmentos de las partes de la oración, otros referidos a la lexis. Los diferentes términos técnicos que aparecen en su obra están definidos sin recurrir en ningún caso a la ayuda de la etimología. Tampoco se serviría de ella Consencio.

Aunque hemos señalado que el empleo de la etimología en la definición de términos es propio de las obras tipo ‘Schulgrammatik’, en el *ars* del Pseudo-Palemón (*G. L.* 5. 545. 38), que correspondería al tipo *regulae*, encontramos una definición con etimología.

Centrándonos en aquellas *artes* en las que sí se recurrió a la etimología podemos decir que en su uso se observa una cierta continuidad. Las etimologías se repiten de unos autores a otros. Es más, muchas veces son idénticas.

Ansler (1989: 60) señala que, gracias al aumento de etimologías registrado en las *artes*, la gramática fue cada vez más etimológica no por el

modelo implicado en las *artes* de Donato, sino por el discurso etimológico añadido a las obras de este autor por sus comentaristas. Sin embargo, el aumento de etimologías señalado por este estudioso no es tal si se comparan las etimologías añadidas por los comentaristas de Donato con las de otros artífgrafos contemporáneos al propio Donato, como son Diomedes, Mario Victorino o Carisio.

Donato definió con ayuda de referencias etimológicas cinco de las ocho partes de la oración en sus *artes*, *pronomem*, *aduerbium*, *participium*, *praepositio* e *interiectio*<sup>10</sup>, y sólo en una ocasión, en el *ars maior*, recurrió a una verdadera etimología. Se trata del término *participium*<sup>11</sup>. En esta última obra dada su mayor amplitud, no faltaban definiciones de términos referentes a la lexis y a los vicios y virtudes. Pero, a diferencia de lo hecho con las partes de la oración, en estas otras definiciones no recurrió a la etimología, cosa que sí que hicieron sus contemporáneos Diomedes y Mario Victorino<sup>12</sup>.

Durante los siglos V y VI las *artes* de Donato se convirtieron en texto de referencia en los estudios gramaticales y fueron objeto de numerosos comentarios. Las dos *artes* donacianas fueron comentadas como si se tratara de textos que no se entendían.

Los comentaristas añadirían en sus comentarios etimologías de aquellos términos de los que Donato no había ofrecido ninguna explicación etimológica. Y acudieron, sin indicarlo en ningún caso, a etimologías ya ofrecidas por artífgrafos anteriores o contemporáneos a Donato, quienes, a su vez, debieron tomarlas de otras *artes*, presumiblemente griegas. Así, Servio, autor del primero de los comentarios que de la obra donaciana que nos han llegado, ofrecería en su obra las etimologías de *soloecismus*, *accentus* y *syllaba*, que podría haber tomado de Sacerdote, Diomedes y de Mario Victorino respectivamente<sup>13</sup>. Se trata en los tres casos de etimologías de origen griego. Igualmente podría haber tomado de Diomedes las etimologías de los términos *littera*, *nomen*, *uerbum* y *optatiuus*<sup>14</sup>.

Pero Servio no se limitó a copiar sin más a los artífices anteriores. Algunas de las etimologías que encontramos en su comentario mantienen el término inductor tradicional pero son diferentes en su formulación. Así por ejemplo, en el término *praepositio* Servio abandona la referencia etimológica en la oración de relativo, tal y como habían hecho Carisio, Mario Victorino y Donato, por una verdadera etimología con esquema causal<sup>15</sup>. En muchos casos esa etimología renovada asume el esquema causal, cuya preeminencia en este tipo de obras hemos destacado con anterioridad.

También incluye en su comentario nuevas etimologías. Así completa, por ejemplo, las de los términos que designan los diferentes modos verbales. Diomedes había ofrecido sólo la de *optatiuus*. Servio añade tres más, *indicatiuus*, *coniunctiuus* e *infinitiuus*<sup>16</sup>. Asimismo ofrece las etimologías de algunos de los términos que designan los diferentes tipos de conjunciones, *copulatiua*, *disiunctiua* y *expletiua*, y las de dos de los tipos de letras, *consonans* y *semiocalis*<sup>17</sup>.

Los comentaristas posteriores, Sergio, Cledonio y Pompeyo, escribieron sus comentarios a las *artes* de Donato basándose no en dichas obras sino en el comentario hecho por Servio. Ello condiciona que muchas de sus etimologías sean iguales a las de este comentarista. Algunas de ellas no son sino las etimologías que Servio tomara de Sacerdote, de Diomedes o de Mario Victorino, mientras que otras corresponden bien al grupo de etimologías de formulación renovada, bien a las de nueva acuñación<sup>18</sup>.

No obstante, entre estos tres comentaristas existe una diferencia. En Sergio y Pompeyo el número de etimologías es mayor que en Cledonio. La razón que Amsler (1989: 67 s.) arguye no es otra que el tipo de comentario realizado por este último autor. Frente a Sergio y a Pompeyo, quienes interrumpían el texto de Donato para incluir explicaciones y aclaraciones en las que se servían de la etimología, Cledonio abandonó esta práctica y como consecuencia, el número de etimologías disminuyó.

Además de las etimologías de Servio, los comentaristas Sergio y Pompeyo incluyeron también otras. De ellas, unas podrían haberlas tomado

de artífrafos anteriores como Diomedes, mientras que otras podrían ser de su propio cuño. Ejemplo de lo primero serían las etimologías de *ars, oratio* y *casus*<sup>19</sup> y de lo segundo las de los nombres de los casos o la del término verbal (*forma*) *meditatiua* que encontramos en el texto de Pompeyo<sup>20</sup>.

Prisciano es autor de dos artes diferentes. Las *Institutiones grammaticarum* son una gramática escolar mientras que la *Institutio de nomine et pronomine et uerbo* es una obra tipo *regulae*. Las *Institutiones grammaticarum* de Prisciano ofrecen en su contenido ciertas variaciones con relación a las *artes* de Donato y a los comentarios a los que ésta dio lugar. Por un lado, volvió a la descripción exhaustiva. Por otro, incluyó nociones de sintaxis. Sin embargo, en lo que se refiere al uso de la etimología, Prisciano no fue innovador. Recurre a ella con los mismos criterios que los artífrafos estudiados hasta ahora, esto es, como categoría explicativa.

Su distribución en la obra es la siguiente. En los libros correspondientes a la lexis el número de etimologías es escaso. Aumenta considerablemente en los referidos a las partes del discurso y se reduce a cero en los libros dedicados a los vicios y virtudes.

Las etimologías registradas son las mismas que utilizaron los artífrafos anteriores a él<sup>21</sup>. No obstante, también encontramos ejemplos de nuevas etimologías, como lo son las de *uox* y *supinum*<sup>22</sup>.

En su *Institutio de nomine et pronomine et uerbo* también encontramos ejemplos de etimologías, aunque en mucho menor número.

En su comentario *Partitiones duodecim uersuum Aeneidis principalium* encontramos repetidas las etimologías referentes a las partes del discurso. Cuando indica qué tipo de palabra es cada uno de los términos que forman parte de los versos iniciales de cada libro define dicho tipo de palabra y en muchos casos ofrece también la etimología, repitiendo las que aparecen en las *artes*. Éstas corresponden tan sólo a cinco de las ocho partes del discurso<sup>23</sup>.

Señalamos anteriormente que la mayoría de las etimologías que encontramos en estas gramáticas escolares sigue el esquema causal. En él, el término inductor está incluido en la explicación y, salvo raras excepciones, es latino. Este esquema se utiliza preferentemente en la segunda parte de las *artes* gramaticales, la dedicada a las *partes orationis*.

Pero este esquema no es el único empleado. Encontramos también el esquema derivativo “B ab A”, de uso más restringido. Se invierte así la proporción respecto a Varrón quien se sirvió en mayor medida de este último esquema. Por cada etimología que siga el esquema derivativo encontramos doce que siguen el causal. La mayor parte de las etimologías en las que se emplea el esquema derivativo “B ab A” corresponden a términos pertenecientes a la lexis. En este esquema, a diferencia del causal, el término inductor puede ser tanto griego como latino, siendo mayor el número de casos en el que es griego<sup>24</sup>.

Algunos de los escasos ejemplos de etimologías que siguen el esquema derivativo no son sino reformulaciones que determinados autores hacen de la etimología en la que se ha empleado el esquema causal. Así por ejemplo, Cledonio y Prisciano, manteniendo el término inductor de Diomedes, Servio, Sergio y Pompeyo, reformulan de forma derivativa la etimología de *uerbum*<sup>25</sup>. En ocasiones, el esquema derivativo se ve completado por una explicación, “B ab A quod”<sup>26</sup>.

Da igual qué esquema se siga, el verbo mayoritariamente empleado en la formulación de las diferentes etimologías es *dicere*. Junto a él y en un número mucho menor de ocasiones se utiliza *appellare* y rarísimas ocasiones *trahere*. Recordamos a este respecto la gran variedad de verbos registrada en Varrón y su reducción en posteriores autores.

En las diferentes definiciones es raro encontrar los términos técnicos *etymologia*, *origo*, *originatio* y *ueriloquium* para indicar que estamos ante una etimología. Ciertamente, en la formulación de las diferentes etimologías

de los términos técnicos solamente encontramos cuatro veces *etymologia*. El primero de ellos se encuentra en una de las derivaciones del griego que encontramos en estas obras. Se trata de la etimología de *soloecismus* dada por Servio<sup>27</sup>. En esta ocasión *etymologia* equivaldría a ‘de origen griego’. Las otras tres menciones de *etymologia* aparecen en Pompeyo. La primera al explicar el origen del término *ars*. En el desarrollo de sus explicaciones identifica etimología y definición<sup>28</sup>. Su segunda mención tiene lugar en el capítulo *de figuris*, que abordaremos en breve, y la tercera al hablar del *soloecismus*. Como ya antes había hecho Servio, Pompeyo también ofrece su etimología derivada del griego<sup>29</sup>. Si es escaso el empleo de *etymologia*, las variantes latinas *originatio* y *ueriloquium* no se encuentran registradas en ningún momento. Tan sólo encontramos en sola una ocasión *origo*. El ejemplo es de Diomedes quien lo emplea para indicar la procedencia griega del término *nomen*<sup>30</sup>.

Para finalizar este breve comentario del metalenguaje etimológico empleado por los artífrafos conviene también reseñar que cuando Sergio ofrece la etimología de *syllaba* recurre al término *interpretatio* indicando con ello el origen griego<sup>31</sup>. Si bien el empleo de este término asociado a la etimología es raro en los artífrafos, no lo es tanto en los autores cristianos dedicados a la explicación de los *nomina sacra* tal y como veremos en su momento (uid. infra 132, 255 s. y 269 s.).

Frente a Varrón y a otros gramáticos, los artífrafos se caracterizan por la ausencia de indicaciones fonéticas en las diferentes etimologías que ofrecen en sus obras. Tan sólo hemos encontrado dos indicaciones de cambio fonético. Los ejemplos corresponden a Diomedes y a Prisciano y a la etimología que ambos ofrecen del término *nomen*. Diomedes aporta no una sino dos posibles explicaciones de dicho vocablo. En una de ellas, aquella en la que el término inductor es latino, recurre a un *nomen fictum*. Y es, precisamente, en ese *nomen fictum* donde señala el cambio fonético<sup>32</sup>. Es de destacar el hecho de que, siendo esta etimología de Diomedes la que sirve de

modelo a los artígrafos posteriores, ninguno de ellos incluye la repetición de la indicación fonética al repetir el *nomen fictum*. Prisciano ofrece tres posibles etimologías de este mismo término, de las cuales dos son a partir del griego. Es precisamente en la primera de ellas donde señala la presencia de un cambio fonético, referido no al latín sino al griego<sup>33</sup>.

Si el uso de las *quaternae causae* es escaso, lo mismo hemos de decir de los *nomina ficta*. Sólo lo hemos registrado en los términos *littera* (*legitera*), *accentus* (*adcantus*), *nomen* (*notamen*) y *participium* (*participium*). Dichos *nomina ficta*, en especial el primero de ellos, se repiten de unos autores a otros<sup>34</sup>. Su función es la misma que la que tenía en Varrón y en los demás autores: facilitar la relación etimológica establecida entre el término inductor y el término inducido.

Los *nomina ficta* de los artígrafos están introducidos por *quasi* y *ut*.

### 1. 4. 2 - La etimología en las explicaciones gramaticales

Señalamos anteriormente que los artígrafos también recurrieron al uso práctico de la etimología en el desarrollo de ciertas explicaciones gramaticales diferentes a la definición de los términos técnicos. No fue una práctica frecuente. Aún así encontramos ejemplos tanto en las gramáticas escolares como en las *regulae* o en los comentarios gramaticales.

En las *regulae* su uso es escaso y siempre tiene el mismo valor. Se emplea para justificar bien por qué un término sigue una regla citada, bien por qué es una excepción a la misma. Ejemplo de lo primero sería Focas. Al explicar la cuarta declinación señala que los sustantivos en *-us* son de la cuarta cuando derivan de un verbo o no tienen formas femeninas. El primer ejemplo que ofrece de dicha regla es *ascensus* y para demostrarlo ofrece su etimología<sup>35</sup>. En este mismo autor encontramos también ejemplos del segundo uso, esto es, en la indicación de una excepción. Así, al hablar de las formas frecuentativas de los verbos dice que todas ellas son de la primera salvo

*laccesso* que es precisamente la excepción. Es el único término del que ofrece la etimología en este apartado<sup>36</sup>.

Encontramos un ejemplo similar en Eutico quien, en su *ars*, indica que, en el tema de perfecto en las formas personales de la primera persona del singular, la vocal *o* sólo puede preceder una vocal de timbre *e*, *i* ó *u*. Ofrece dos únicas excepciones a esta regla señalando para cada una de ellas su etimología. En ambos casos el étimo es de origen griego<sup>37</sup>.

También encontramos ejemplos en la *Institutio de nomine et pronomine et uerbo* de Prisciano<sup>38</sup>.

En las gramáticas escolares los ejemplos registrados pertenecen a dos autores: Carisio y Prisciano. Los ejemplos de Carisio se hallan todos reunidos en un mismo capítulo de su obra titulado *de extremitatibus nominum et diuersis quaestionibus*. Las etimologías le sirven para justificar su preferencia por una determinada ortografía o una cantidad vocálica y para distinguir dos términos que podrían parecer sinónimos<sup>39</sup>. También recurre a ella para justificar excepciones a las reglas que va enunciando sobre los finales de los nombres<sup>40</sup>.

Prisciano ofrece ejemplos en las explicaciones que dedica a la *species* de los nombres y de los verbos o al uso de las preposiciones en la formación de compuestos<sup>41</sup>.

Entre los autores de comentarios Pompeyo es el que recurre a la etimología en un mayor número de ocasiones. En tres de ellas emplea el término *etymologia*. En *G. L. 5. 107. 4 ss.* lo utiliza al indicar que para saber la cantidad vocálica de una palabra hay que tener en cuenta aquella otra de la que deriva<sup>42</sup>. Vuelve a emplearlo en las explicaciones dedicadas a la comparación en los adverbios. Justifica que *mane* carezca de una forma comparativa *manius* basándose precisamente en su etimología<sup>43</sup>. El tercer y último uso de este término aparece en las explicaciones de los verbos, en concreto al hablar de la *forma frequentatiua*. Indica Pompeyo que *pytisso* es

una forma diminutiva que carece de principal pese a lo que se pueda leer *in etymologiis*<sup>44</sup>. Su empleo en plural nos invita a pensar que se trate de un florilegio etimológico al que el comentarista podía acudir para ayudarse en su tarea. A este tipo de escritos es al que posiblemente haría también referencia un siglo más tarde Casiodoro en sus *Institutiones* (uid. infra 103).

En los restantes ejemplos, la etimología queda indicada unas veces tan sólo por la presencia del esquema etimológico y en otras, además de por la presencia de dicho esquema, por el uso del término *origo*<sup>45</sup>. En estos casos la etimología bien sirve para justificar una determinada ortografía, bien tiene un tono erudito. Ejemplo de lo primero sería la advertencia que Pompeyo hace del verbo *triumpho*, debe escribirse con *ph* y no *conf* dado su origen griego<sup>46</sup>. Ejemplos de lo segundo los encontramos en la enumeración que hace de los diferentes tipos de *nomina propria* va ofreciendo ejemplos de los mismos. De dos de ellos, correspondientes a los *cognomina*, ofrece su etimología<sup>47</sup>.

Registramos un ejemplo similar en Sergio quien, al hablar de las letras, indica que las latinas fueron inventadas por Carmenta y, a renglón seguido, señala su etimología<sup>48</sup>.

En estas etimologías, frente a aquellas otras utilizadas en las definiciones de los términos técnicos, predomina mayoritariamente el esquema “B ab A”. Los ejemplos de esquema causal corresponden a las etimologías eruditas de los comentaristas. El mayor uso del esquema derivativo estaría en consonancia con el hecho de que Pompeyo, el único que emplea el término *etymologia*, lo asocia al adverbio *unde* y al sustantivo *origo*.

Como en aquellas otras etimologías referidas a los términos técnicos, tampoco en éstas se recurre de forma frecuente a la *quaterna causa* y a los *nomina ficta*. Contamos con ejemplos, pero estos son escasos. Tan sólo hemos registrado dos *nomina ficta* en uno de los cuales se halla el único ejemplo de consignación expresa de un cambio fonético<sup>49</sup>.

### 1. 4. 3 - Etimología y *figura*

El uso de la etimología en las gramáticas escolares y en los comentarios gramaticales no se circunscribe a la definición y a las explicaciones. Se recurre a ella también en el capítulo dedicado a la composición de las palabras. Para Amsler (1989: 61) la composición fue, precisamente, uno de los primeros ámbitos de la intervención etimológica. El capítulo en cuestión aparece consignado en las *artes* como *de figuris*<sup>50</sup>.

En él se explica que las palabras pueden ser simples o compuestas y se señalan las estructuras posibles de una palabra compuesta. Básicamente la composición se reduce a cuatro casos: *ex duobus integris*, *ex duobus corruptis*, *ex integro et corrupto* y *ex corrupto et integro*. Pompeyo recrimina a un autor anterior, Probo, la inclusión de otra posibilidad, *ex non intellegendis*<sup>51</sup>. En opinión de Pompeyo, sólo debían ser consideradas compuestas aquellas palabras cuyos elementos componentes son o han sido términos íntegros, esto es, con sentido. Y eso se puede saber gracias a la etimología. Ésta podría entenderse, según el testimonio de Pompeyo, como el proceso de desmembración de un término compuesto con el que se obtienen dos términos íntegros o corruptos. En este último caso se entiende que éstos términos fueron anteriormente íntegros<sup>52</sup>. El significado del compuesto debe estar presente en sus elementos componentes.

En la segunda parte de este estudio, en el capítulo dedicado a la composición, volveremos de nuevo con mayor detenimiento sobre esta cuestión.

### 1. 4. 4 - Etimología y ortografía

Examinado ya el empleo de la etimología en las definiciones, en las explicaciones gramaticales y en el capítulo *de figuris*, queda aún el cuarto apartado en el que la etimología tuvo cabida en las gramáticas escolares, la ortografía.

Sin embargo, omitiremos por el momento las referencias a este uso remitiendo a las páginas dedicadas a los tratados ortográficos en este capítulo (uid. infra 104-108). Antes abordaremos el tratamiento que reciben la gramática y la etimología en las obras enciclopédicas.

### 1. 5 - Gramática y etimología en las obras enciclopédicas

En el último cuarto del siglo IV, Marciano Capela y Agustín, ambos de origen africano, escribirían sendas enciclopedias de carácter teórico. La de Marciano Capela se tituló *de nuptiis Mercurii et Philologiae* y la de Agustín *disciplinae*. Ambas obras son consideradas respectivamente la última enciclopedia pagana y la primera enciclopedia cristiana (Cf. Della Corte, 1978: 82).

Tradicionalmente se ha venido defendiendo que Capela y Agustín tomaron como modelo para la redacción de sus enciclopedias los *disciplinarum libri IX* del Reatino. Los defensores de esta postura tradicional consideran que Capela y Agustín redujeron de nueve a siete el elenco de las disciplinas varronianas eliminando la medicina y la arquitectura. El origen varroniano de ambas enciclopedias ha sido rebatido recientemente por Hadot (1984: 136, 156 y 168) para quien el esquema de las siete artes liberales es de origen neoplatónico (uid. supra 52 s.).

Independientemente de su origen, tanto en la enciclopedia agustiniana como en la de Capela las tres primeras disciplinas eran las de carácter literario: la gramática, la retórica y la dialéctica. El que la gramática fuese la primera se mantendría en las sucesivas enciclopedias e, incluso, muchos autores defenderían en sus obras la necesidad de esa colocación al considerarla la base y fundamento de las restantes artes liberales. Tal sería el caso de Casiodoro y de Isidoro<sup>53</sup>. A ello contribuyó, sin duda, el que el mismo Agustín, tras el cambio experimentado en su orientación enciclopédica después de su bautismo, defendiera, aunque de forma encubierta, en el *de doctrina christiana* (praef. 4 s.) la necesidad de que la gramática estuviese

en la base de toda la cultura cristiana (cf. Codoñer 1987: 25 s.).

La redacción las gramáticas de Capela y Agustín corresponde a la tradición gramatical del siglo IV aunque con variantes entre una y otra. En lo que respecta a la etimología, al igual que los artífrafos, ni Agustín, ni Capela hablaron de ella desde un punto de vista teórico. No obstante, hay una pequeña diferencia entre ambos autores. Mientras que Capela no recurre a la etimología de forma práctica en las definiciones tal y como hemos visto hacer a los artífrafos, Agustín sí lo hace, aunque en contadas ocasiones.

### **1. 5. 1 - Marciano Capela y la gramática del *de nuptiis Mercurii et Philologiae***

La obra de Capela estaba compuesta por nueve libros. Los dos primeros narran las bodas de Filología y Mercurio y los otros siete están dedicados a las artes liberales, regalo de bodas de los dioses a los recién casados. La exclusión de la arquitectura y la medicina queda justificada con el rechazo de Júpiter a hablar con ellas por ser ciencias exclusivas de los mortales y no tener relación alguna con la esfera divina (*de nupt.* 9. 888-890).

La teoría gramatical expuesta por Capela en el libro tercero de su obra enciclopédica pertenece a la tradición gramatical del siglo IV, pero no es la de Donato. Tras indicar cuál es la finalidad de la gramática (*de nupt.* 3. 230), Capela pasa a explicar la lengua latina de una forma gradual, primero las letras, luego las sílabas y, por último, las palabras (*de nupt.* 3. 233-325).

En su descripción de la lengua omite la distinción de las ocho partes de la oración y los vicios y virtudes. Tampoco recurre a la etimología de forma práctica en las definiciones de los términos técnicos tal y como hemos indicado. Sí lo hace, por el contrario, en otros libros de esta misma obra, en especial en el sexto, donde se registran etimologías referidas a topónimos<sup>54</sup>.

### 1. 5. 2 - Agustín y la gramática de las *disciplinae*

La enciclopedia de Agustín es una obra inconclusa. De ella tan sólo redactó completo el libro dedicado a la gramática, que se perdió pocos años después de su redacción, tal y como el propio autor indica en las *Retractationes*<sup>55</sup>. Dicha gramática, titulada *de grammatica*, sería la primera gramática teórica escrita por un autor cristiano en Occidente (cf. Fontaine, 1959: 32). Su contenido exacto se desconoce.

El hecho de que Agustín señalara que el *de grammatica* comprendía un único libro y el que circulen bajo su nombre dos obras distintas, *ars breuiata* y *regulae*, ha motivado que la crítica se plantee una triple cuestión: si de las dos obras alguna es la gramática de la obra enciclopédica, si ambas obras son un epítome del *de grammatica* o si ninguna de ellas guarda relación con dicha obra. Las opiniones son variadas.

Keil (1981: 490-492), sin entrar a discutir su autoría, consideró que ninguna de ellas se correspondía con el libro de la gramática enciclopédica. En su opinión ambas obras fueron redactadas con criterios muy distintos al *de grammatica*. Por su parte, Della Corte considera que las *regulae Aurelii Augustini* y la *Aurelii Augustini ars breuiata* son dos redacciones distintas del libro *de grammatica* de Agustín. La última de ellas sería la versión definitiva, mientras que la primera sería el bosquejo de la misma (1978: 61 nota 5). Hay también autores que, como Marrou (1949: 571 ss.) niegan la autoría agustiniana de ambos textos. Pizzani (1985: 361-383) examina las dos obras y concluye que la imposibilidad de que ambas obras tengan una fuente común parece comportar bien que sólo una de ellas sea un posible compendio de *de grammatica*, bien que ninguna de las dos lo sea. No ofrece una respuesta definitiva.

En el último de los artículos escritos al respecto, Law (1984b: 166, 178 y 183), tras analizar el contenido de ambos escritos, afirma que se trata de dos obras diferentes y completamente independientes la una de la otra y que sólo

el *ars breuiata* es obra de Agustín. Para llegar a tal conclusión se basa en la afirmación del obispo de Hipona de haber escrito una única gramática y en la similitud existente entre el *ars breuiata* y las consideraciones gramaticales presentes en algunas otras de sus obras de cuya autoría no hay duda.

El *ars breuiata* ofrece gran afinidad con la obra donaciana. En ella Agustín respeta la división de las ocho *partes orationis* distinguidas por Donato<sup>56</sup> consagrándola en la tradición cristiana.

En esta obra tal y como ocurre en los artífrafos, si bien no hay ninguna especulación teórica acerca de la etimología, sí se recurre a ella de forma práctica. La etimología es utilizada como apoyo en la definición de una de las *partes orationis*, *participium*. Law considera que este escaso número de ejemplos etimológicos del *ars breuiata* como uno de los rasgos que caracterizan esta obra frente a otras artes gramaticales. Señala (1984b: 75 ss.) que Agustín es consecuente con la invectiva mantenida contra la etimología en el *de dialectica*.

Si bien el rechazo mostrado por Agustín hacia la etimología en el *ars breuiata* no ofrece dudas, podría replicarse a Law que, por un lado, hay artífrafos como Aspro o Consencio en los que no se registra el uso de ninguna etimología, y, por otro, que el de Hipona ofrece ejemplos de dichas etimologías en otras obras. Así sucede con los términos *grammatica*, *pronomem* y *uerbum*<sup>57</sup>. Y no sólo eso sino que también registramos en él nuevas etimologías, por ejemplo, *nomen*, de la que ofrece una nueva formulación, o *uersus*<sup>58</sup>.

Más abundantes son las etimologías resistradas en las *regulae*. Con su ayuda se definen los términos *aduerbium*, *participium*, (*uerba*) *communia*, *impertiuus*, *coniunctiuus*, *deponens* y (*uerba*) *actiua*<sup>59</sup>. El número de etimologías registradas en esta obra, que no parece estar en consonancia con su concepción etimológica, podría ser un argumento a favor de su no autoría. Dichas etimologías son semejantes, tanto en el uso del esquema causal como en su formulación, a las que hemos leído en las artes de autores coetáneos.

Así pues, podría decirse que, si bien Agustín tiene una idea negativa de la etimología, tal y como veremos al hablar de la dialéctica en su obra enciclopédica (uid. infra 180-184), no duda en servirse de ella. Los ejemplos de esta práctica son más numerosos en su producción teológica, en especial en las obras correspondientes a sus últimos años, donde bien ayudan en sus argumentaciones, bien son un rasgo de erudición (cf. Marrou, 1949: 24, 32, 57 y 127 s.). Aún así, no pueden considerarse un recurso abundante.

### 1. 5. 3 - Casiodoro y la gramática de las *Institutiones*

Tras su bautismo, Agustín experimentó un cambio en su concepción de la enciclopedia. Si en las *disciplinae* y en el *de ordine* consideraba que las artes liberales permitían alcanzar lo incorporal a partir de lo corporal, esto es el acceso a Dios a través de la cultura de la inteligencia, en el *de doctrina christiana* defendió el acceso al conocimiento de Dios a través de la comprensión de las Escrituras. En el libro segundo de este nuevo tratado esbozó un programa para la redacción de una obra enciclopédica que favoreciera la lectura, interpretación y comprensión de las Sagradas Escrituras (*doctr. christ. 2. 39. 59*). Dicha obra debería comprender un elenco de conocimientos más amplio que el de las siete artes liberales. A ese propósito responde la obra *Institutiones* escrita en el siglo VI por Casiodoro.

Este autor, tras el intento fallido de fundar en Roma una escuela destinada al estudio de la Escritura y tras su retirada de la vida política activa, se estableció en Vivario, donde fundó un monasterio. Allí escribió para sus monjes la obra mencionada con el fin de ayudarlos en su labor exegética<sup>60</sup>. Sin embargo, dicha obra, pese a la definición que de ella da Fontaine (1965: 524) “esquisse bien plus précise” de la nueva orientación enciclopédica propuesta por Agustín, no se ajustaría por defecto a ella. No incluyó en sus páginas nada acerca de las ciencias de la naturaleza. Se limitó a las artes liberales.

Las *Institutiones* está compuesta por dos libros. El primero, dedicado a las letras divinas, servía de introducción a la lectura de los libros de las Escrituras y a sus principales comentaristas. El segundo, dedicado a las letras profanas, no era sino un sumario de las siete artes liberales con breves sugerencias bibliográficas. Este segundo libro, que es el que reclama nuestra atención, sería utilizado como manual en las escuelas monacales bajo el título de *de artibus ac disciplinis liberalium litterarum* (seguimos la edición de Migne P. L. LXX).

Con esta obra las artes liberales entraron definitivamente en los monasterios. Quedarían desvinculadas del antiguo ideal de formación y adquirirían un valor propedéutico en el estudio y la exégesis de las Escrituras (cf. Fontaine, 1965: 519; Galino, 1982: 479 s.).

En el desarrollo de su enciclopedia Casiodoro ofrece ciertas innovaciones respecto a las obras de Marciano Capela y Agustín que no son sino el producto del cambio de orientación de su enciclopedismo que acabamos de mencionar. No trató con la misma extensión y profundidad las diferentes artes. Abordó con mayor extensión aquellas que conforman el trivium que las del quadrivium. Y, en concreto, dio mayor importancia a la retórica y a la dialéctica que a la gramática. Nos compete ahora centrarnos en esta última.

La gramática comprende el primer capítulo del *de artibus ac disciplinis liberalium litterarum*. En su desarrollo Casiodoro avanza muy rápido y él mismo lo reconoce<sup>61</sup>. Della Corte (1978: 85) lo explica como una consecuencia del carácter bibliográfico que tenía la obra en cuestión. De hecho, define (1978: 97) la obra de Casiodoro como una “enciclopedia bibliográfica”. Este mismo estudioso (1986: 32) señala que la gramática casiodorea no tiene en sí ninguna originalidad puesto que en ella sigue a Donato, tal y como el mismo Casiodoro indica<sup>62</sup>. Señala, sin darle importancia alguna, que Casiodoro añade al final la etimología y la ortografía.

En nuestra opinión la adición de esos dos apartados debería ser más

valorada. Tanto la etimología como la ortografía habían sido desterradas de la gramática descriptiva. El propio Casiodoro fue consciente de la falta de inclusión de esos dos aspectos en las artes gramaticales e insistió en ello en varias ocasiones<sup>63</sup>. Esta ampliación debe ponerse en relación con la definición de las partes de la gramática del *incipit* atribuido a Sergio y con la división de las partes de la gramática ofrecida por Isidoro en sus *Etymologiae* (uid. supra 83 e infra 260).

Por lo que respecta a la etimología, Casiodoro señala que otros autores anteriores a él escribieron sobre ella<sup>64</sup>. Pero, pese a que por lo general este autor ofrece referencias bibliográficas de los diferentes temas que aborda en su obra, en esta ocasión las omite. No indica ni qué autor o autores fueron los que escribieron sobre ella, ni en qué época lo hicieron, ni si fue en un tratado concreto dedicado a la etimología o si, por el contrario, se trataba de algún capítulo específico incluido en una obra gramatical, ni si era una obra de carácter teórico o práctico.

Si, como parece apuntar Hadot siguiendo a Mariotti (1971: 69), Donato hubiese dedicado algún capítulo a la etimología, Casiodoro seguramente lo habría reseñado en sus escritos, puesto que en su opinión este autor era el más adecuado para la instrucción de sus monjes.

La rapidez con la que Casiodoro avanza en su exposición gramatical no le permite sino ofrecer una simple definición de cada uno de los apartados que ha distinguido en la estructura de este capítulo (cf. P. L. LXX 1152D). Las últimas definiciones corresponden a la etimología y a la ortografía. Define la etimología como una *demonstratio* que sirve para indicar cuál es el origen de una palabra. Esa *demonstratio* puede ser verdadera o verosímil<sup>65</sup>.

Aunque esa doble calificación de la etimología no había aparecido en ninguna de las otras definiciones que de ella hemos reseñado hasta el momento, sin embargo, nos parece recoger el sentir de los gramáticos y entendidos de la lengua latina anteriores quienes, a la hora de calificar las etimologías propuestas por diferentes autores, no emplearon de forma tajante

las adjetivaciones verdadero y falso, sino otras del tipo *lepide*, *scitissime* (uid. infra 331 s.).

La ausencia de una indicación expresa de los autores de los tratados ortográfico y etimológico nos hace pensar que el propio Casiodoro fuera su autor. Ello se corrobora en el caso de la ortografía, pues se nos ha conservado un tratado suyo con ese contenido. No ocurre lo mismo con el de la etimología. Nada podemos decir acerca de su contenido, a no ser como mera especulación.

El hecho de que lo titule *de Etymologiis* nos invita a pensar que tal vez fuera un compendio de etimologías útiles a los monjes en su tarea exegetica. Al igual que en su *de orthographia* incluyó textos referidos a palabras que se confundían en su época, podría ser que el *de Etymologiis* incluyera las etimologías de algunas de las palabras que aparecen en los textos bíblicos que los monjes tenían que comentar facilitando así su labor exegetica. De ser así, las etimologías reunidas en esa obra podrían ser semejantes a aquellas otras que él mismo incluye en su comentario a los salmos, un gran número de las cuales son de origen varroniano (uid. infra 137 nota 187).

Del examen de las diferentes artes gramaticales y gramáticas incluidas en las obras enciclopédicas podemos concluir que:

- 1º - si bien la etimología no es una cuestión teórica que interese, se recurre a ella de forma práctica. No es, sin embargo, una práctica generalizada;
- 2º - a partir del siglo V se registra la inclusión de la etimología como una de las partes de la gramática y en el siglo VI Casiodoro ofrece una definición de la misma;
- 3º - el empleo de las *quaternae causae* y de los *nomina ficta* es escaso;
- 4º - no se recurre, por lo general, al uso de un metalenguaje para indicar la presencia de una etimología.
- 5º - en las etimologías de términos técnicos se recurre preferentemente al esquema causal, mientras que en las etimologías de términos no técnicos se emplea el esquema derivativo.

## 2 - Los tratados ortográficos

Durante los siglos III al VI continuaron escribiéndose tratados ortográficos. En el siglo V Agroecio escribiría un *de orthographia* y en el siglo VI Casiodoro realizaría para sus monjes un repertorio ortográfico basado en otros tratados de siglos anteriores<sup>66</sup>. En el siglo IV tuvo lugar un hecho novedoso. Un artífgrafo, Mario Victorino, incluiría por primera vez en su *ars* un capítulo dedicado a la ortografía. Al igual que la etimología, la ortografía estaba excluida de las *artes* descriptivas. Sin embargo, Mario Victorino, sin paralelos ni precedentes en la tradición latina (cf. Mariotti, 1967: 52 s.), la incorporó en su obra. Esta novedad careció de continuación hasta el siglo VI en el que también la incluiría Casiodoro.

### 2.1 - Mario Victorino

Para la redacción de ese capítulo sobre la ortografía, Mario Victorino pudo haber tomado como modelos a Verrio Flaco, Veleyo Longo y Terencio Escauro. No es seguro que siguiera estrictamente a uno o a otro de los autores nombrados. Según Schady tomó como modelo a Verrio Flaco. Sin embargo, Mackensen opina que se sirvió no de la obra de Verrio sino de un resumen que contenía también elementos tomados de Veleyo Longo y de Terencio Escauro (cf. Mariotti, 1967: 157; Hadot 1971: 69).

Mario Victorino incluyó la ortografía en la primera parte de su *ars* entre aquellos capítulos referidos a las letras y a las sílabas. Pese a que este capítulo está bien enlazado con el resto de la obra<sup>67</sup>, suele ser considerada un *excursus*, práctica que no le era ajena a este autor. Mariotti (1967: 53) señala que si el tratado retórico *de definitionibus* es un *excursus* a una consideración de Cicerón en los *Topica*, el capítulo dedicado a la ortografía podría depender del ejemplo de Apolonio Díscolo. Para Bertini (1986: 94) la ortografía victoriniana debe ser considerada, junto con la de Terencio Escauro y la de Velio Longo, un tratado de tipo científico en el que prevalece la teoría sobre

la práctica.

Pese a su carácter teórico no encontramos en él una referencia teórica explícita de la etimología, sino una mención. Mario Victorino indica que otros autores, cuyos nombres encubre con el indefinido *quidam*, recurrían a la etimología como un criterio de corrección ortográfica<sup>68</sup>. El término que emplea para designar la etimología es *origo*, que ya fue empleado anteriormente, en el siglo II, por Velio Longo en su ortografía y que formaba parte de la tradición gramatical desde época de Varrón.

## 2. 2 - Agroecio

En el siglo V Agroecio escribió un tratado ortográfico titulado como otros anteriores *de orthographia*. En su comienzo el propio autor advierte que su obra no es sino una ampliación de los tratados de Flavio Capro y que fue escrita con la intención de solventar algunas dificultades que al propio Capro no le parecieron tales<sup>69</sup>.

En él no hay ninguna referencia teórica acerca de la etimología, aunque sí hay ejemplos de su uso práctico. Estos no son, sin embargo, muy numerosos. En ocasiones dichas etimologías sirven para demostrar la ortografía correcta de una palabra, en otros para apoyar la diferencia de significados entre dos palabras<sup>70</sup>.

Agroecio no emplea ningún término técnico para referirse a la etimología. Los métodos etimológicos de los que se sirve son la derivación, la antífrasis y la onomatopeya. De estos últimos tan sólo contamos con un ejemplo<sup>71</sup>.

## 2. 3 - Otros ortógrafos del siglo V

En el siglo V también escribieron ortografías Curcio Valeriano, Papiriano y Adamancio Eutico. A todos ellos los conocemos gracias al repertorio ortográfico que escribiría un siglo más tarde Casiodoro. Como

otros ortógrafos, también ellos recurrieron a la etimología para justificar la ortografía de algunas palabras incluidas en sus respectivos tratados.

Para referirse a ella Curcio Valeriano y Adamancio emplearon el término *origo*, tal y como habían hecho antes Velio Longo o Mario Victorino<sup>72</sup>. Adamancio recurrió al griego para explicar la etimología de un término latino.

Papiriano nos es conocido, además de por Casiodoro, también por Prisciano<sup>73</sup>. Los ejemplos que de él nos han llegado los hemos encontrado con anterioridad en Velio Longo<sup>74</sup>. Pero el hecho de que la redacción sea algo distinta en ambos autores, así como el que en ocasiones Papiriano ofrezca una explicación más amplia que la de Velio Longo nos invitan a pensar no que éste sirvió de modelo a aquel sino que ambos consultaron las mismas fuentes. Este autor recurrió al término *etymologia* para su designación<sup>75</sup>.

### 2. 4 - Casiodoro

El *incipit* de Sergio y el *ars* de Mario Victorino son el modelo de Casiodoro en la consideración de la ortografía como parte de la gramática. Pese a no desarrollar los aspectos teóricos de ésta más allá de una escueta definición en su enciclopedia remite, no obstante, a un tratado ortográfico que escribiría al final de su vida.

Dicho tratado, titulado *de orthographia*, fue escrito *ex profeso* para que sus monjes se sirvieran de él en su labor de copia. Para más datos acerca de la intención con la que Casiodoro escribió este tratado, así como de a quién iba dirigido y la relación entre su concepción ortográfica y la exégesis bíblica remitimos al artículo de Bertini (1986: 92-103).

El *de orthographia* no es sino un repertorio hecho a base de otros tratados de autores anteriores cuya lectura Casiodoro recomendaba a sus monjes. En él reúne textos referidos a aquellas palabras que se confundían habitualmente en su época<sup>76</sup>. Los autores que le sirvieron de fuente pertenecen a distintas épocas. Al siglo I Anneo Cornuto, al siglo II Velio Longo y L.

Cecilio Vindice, al siglo V Curcio Valeriano, Papiriano, Adamancio Eutico y Ceselio y a principios del siglo VI Prisciano. Tres de ellos, Cornuto, C. Vindice y Prisciano, no habían sido nombrados entre los autores que Casiodoro cita en *Institutiones*.

En la obra de Keil aparece junto al repertorio casiodoriano el texto de Adamancio. La confrontación de ambos textos nos ayuda a hacernos una idea de cómo pudo Casiodoro llevar a cabo su recensión. Sigue de forma cercana pero con ciertas libertades el texto de Adamancio. Unas veces reduce el número de ejemplos del texto fuente, otras omite partes y en ocasiones inserta en el texto explicaciones y ejemplos de aquello que queda poco claro. Es de suponer que éste sería también el modo de proceder seguido con las restantes fuentes.

En los diferentes pasajes tomados de cada autor, con la excepción de los de Prisciano, se registra el uso de la etimología como criterio de corrección<sup>77</sup>. Casiodoro confronta las opiniones de los diferentes autores sin tomar partido por ninguno de ellos. En ocasiones las etimologías y las prescripciones ortográficas se contradicen. En *G. L. 7. 149. 6- 8* siguiendo a Cornuto señala que *quotidie* debe escribirse con *qu* - y no con *c* -. Algunas páginas más adelante (*G. L. 7. 158. 18 s.*), siguiendo a Papiriano, indica justo lo contrario. Este tipo de errores puede ser atribuido a la edad propecta que tenía cuando redactó esta obra.

En su ortografía no hay ninguna consideración teórica acerca de la etimología. No tendría sentido que la hubiera por el carácter recopilatorio que tiene y por no ser éste un rasgo típico de las ortografías.

## **2. 5 - La práctica etimológica en los tratados ortográficos de la Antigüedad tardía**

Tanto Mario Victorino como los autores del siglo V nombrados recurren preferentemente a la derivación en sus explicaciones. Tan sólo Agroecio ofrece ejemplos de otros métodos, la antifrisis y la onomatopeya.

En aquellas etimologías explicadas por derivación el esquema predominante es “B ab A”. La lengua inductora de las etimologías ofrecidas por estos ortógrafos es el latín. Salvo Adamancio, ninguno ofrece derivaciones a partir del griego.

En cuanto al vocabulario técnico, los ortógrafos de los siglos IV y V no siempre designan la etimología. Cuando lo hacen recurren a los términos *origo* y *etymologia* que cuentan ya con una larga tradición gramatical.

### **2. 6 - Parecidos y diferencias con los tratados ortográficos de los primeros siglos del imperio**

Los tratados escritos en los siglos IV y V muestran una serie de puntos en común con aquellos otros escritos siglos antes, pero también ofrecen respecto a ellos ciertas diferencias.

Entre los parecidos figura el considerar la etimología como un criterio de corrección ortográfica, el empleo mayoritario del esquema derivativo en las explicaciones etimológicas y el uso generalizado del latín como lengua inductora de las etimologías que proponen.

Por contra, hallamos ejemplos, aunque sean escasos, de antífrasis y onomatopeyas, métodos no empleados con anterioridad en este tipo de obras. Asimismo, es raro encontrar consideraciones teóricas acerca de la etimología. Tan sólo las registramos en Mario Victorino.

Una tercera diferencia es que las ortografías dejan de ser obras específicas no incluidas en otros tratados ortográficos. No es, sin embargo, un hecho generalizado. La inclusión de la ortografía como parte de la gramática sólo ocurre en las obras de Mario Victorino y Casiodoro.

### **3 - Las obras lexicográficas: Nonio Marcelo**

El autor africano Nonio Marcelo escribió en los primeros decenios del siglo IV una obra de carácter lexicográfico y glosográfico que no es sino una

muestra de la tendencia de los gramáticos a realizar estudios sobre el léxico, en este caso del latín de la República, y a verter en ellos conocimientos de carácter erudito y gramatical.

El *de compendiosa doctrina*, ese es el título de la obra, está compuesto por veinte libros. De ellos, los doce primeros están referidos a cuestiones lingüísticas tratadas con un criterio sistemático preciso. Los libros III, VII, VIII, IX, X y XI son de interés exclusivamente gramatical. Los libros I, II, IV, V, VI y XII son de interés léxico-etimológico. Los últimos ocho libros no contienen sino simples elencos de vocabulario técnico.

De todos los libros de intereses léxico-etimológicos nos centraremos en el libro I porque en él se recurre más que en los demás a la etimología. La abundancia de etimologías recogidas en este libro hizo que Wölfflin (1893: 429) dijera que éste bien podía haberse llamado *Etymologiae*. Como ocurre con los lexicógrafos anteriores no aporta ninguna explicación teórica sobre la misma.

El libro I comprende trescientos cuarenta y dos artículos dispuestos sin ningún orden concreto, ni temático, ni alfabético. De una forma general se puede decir que los diferentes artículos reunidos en este libro presentan la misma estructura. De cada término se indica un equivalente sinonímico o, en su defecto, se ofrece una definición. A continuación se señala su etimología y se dan ejemplos de su uso en autores, tanto de prosa como de verso, de las épocas arcaica y clásica (Plauto, Afranio, Terencio, Lucrecio, Cicerón, Varrón y Virgilio)<sup>78</sup>. De un artículo a otro pueden faltar el equivalente sinonímico o la etimología, pero casi nunca el ejemplo de su uso.

Gracias a la etimología se puede alcanzar el significado real, preciso y correcto del lema en cuestión. La precisión y la corrección en el uso de la palabra no es otra cosa que la *proprietas*, término que da nombre a este libro primero, *de proprietate sermonum*. Sin embargo, tal y como hemos señalado, la etimología no aparece en todos los artículos. En alguno de ellos puede darse, incluso, más de una explicación etimológica, hecho que no es nuevo

sino que se viene registrando ya desde Elio Estilón.

En ocasiones las etimologías se atribuyen a un autor concreto, muy frecuentemente a Varrón y a Cicerón, a los que se recurre como criterio de autoridad<sup>79</sup>. Con cierta frecuencia, en aquellos artículos en cuya etimología consta la indicación explícita de un autor, aparecen bien el sustantivo *proprietas*, bien el adverbio *proprie*. El uso de dichos términos no hace sino insistir en la idea de que los autores nombrados sirven de criterio de autoridad en la precisión y la corrección en el uso de esa palabra.

La finalidad del uso de la etimología es doble, por un lado demostrar que el sinónimo o la definición que se dan en primer lugar son correctas, por otro justificar la forma y el significado del término del que se está hablando. Mediante la explicación etimológica quedan vinculados el término inducido y el inductor.

Los métodos más utilizados son la derivación y la composición, en especial la primera. También encontramos ejemplos de onomatopeya y similitud, pero sólo uno en cada caso<sup>80</sup>. Los esquemas utilizados son bien el derivativo, “B ab/ex A”, bien el explicativo, “B quod/quia”, bien el mixto, “B ab A quod”<sup>81</sup>. El más abundante es el primero. Un 80% de las etimologías responden a ese esquema.

La etimología también sirve para indicar otros términos derivados pertenecientes a la misma familia de palabras. Dicha derivación se indica mediante los adverbios *inde* y *unde*, mayoritariamente este último<sup>82</sup>. Con anterioridad Varrón y Gelio habían acudido a este procedimiento.

En una sola ocasión Nonio Marcelo ofrece una indicación fonética que explique la relación etimológica establecida entre el término inductor y el inducido<sup>83</sup>. Con algo más de frecuencia recurre a los *nomina ficta*. En este caso el término inductor es *quasi*<sup>84</sup>. Sin embargo, no todas las veces que emplea este término tenemos un *nomen fictum*. Así ocurre en el lema *capronae*, donde sirve para introducir el esquema “B ab A”<sup>85</sup>.

#### **4 - Las obras eruditas: Macrobio y sus *Saturnaliorum conuiuia***

A finales del siglo IV o principios del V Macrobio escribió su obra *Saturnaliorum conuiuia*. En ella se relatan unas conversaciones imaginarias que tuvieron lugar en Roma con ocasión de las fiestas Saturnales. Los distintos contertulios, doce en total, exponen en largos monólogos sus conocimientos sobre diferentes campos del saber. Cada uno de ellos es experto en un tema. Las cuestiones que se tratan son variadas: antigüedades, fiestas, calendario, religión, derecho, oratoria, retórica, poesía épica, filosofía, etc.

En las explicaciones de algunos de los contertulios no es raro encontrar etimologías. Así ocurre con Cecina, Eustacio, Pretextato y Servio. La utilizan como un recurso auxiliar en sus explicaciones ya de carácter erudito y anticuario, ya gramaticales. Cecina es un experto en cuestiones referidas al cómputo del tiempo. Es también un gran conocedor de la poesía épica. Pretextato es un erudito interesado por las cuestiones mitográficas (teónimos y advocaciones de las distintas divinidades) y las antigüedades (calendario, nombres de fiestas, cognomina). Frente a estos dos contertulios las explicaciones de Eustacio y Servio son de carácter gramatical. Servio resuelve cuestiones gramaticales referidas bien a la declinación de las palabras, bien a la pureza y corrección del lenguaje empleado por Virgilio en su *Aeneis*. Eustacio comenta a Virgilio.

##### **4. 1 - El uso de la etimología por parte de los contertulios**

El uso que los diferentes contertulios le dan a la etimología no es el mismo. Pretextato recurre a ella para mostrar el significado oculto de las palabras. Servio no pretende sino restablecer el significado originario de las palabras, que puede verse ensombrecido por el paso del tiempo, para así poderlas emplear con corrección. El problema de la *proprietates* es el que guía

sus especulaciones. Eustacio la emplea preferentemente para resolver cuestiones de crítica literaria y en Cecina tiene un valor anticuario. Pretextato y Cecina recuerdan con sus etimologías el quehacer anticuario de Varrón, mientras que Servio y Eustacio evocan aquella labor desarrollada por los gramáticos en su defensa de la *latinitas*.

Las etimologías no están repartidas de forma uniforme por toda la obra. Son, con mucho, más abundantes en el primer libro cuyo principal interlocutor es Pretextato. Ya hemos señalado que este personaje recurre a la etimología en sus diferentes explicaciones como una manera de conocer el significado oculto de las palabras al que designa como *cogitationes latentes*<sup>86</sup>. Las etimologías que ofrece las atribuye en muchos casos a autores concretos: Junio Bruto, Varrón, Nigidio, Cornificio, Servio Sulpicio, Verrio Flaco, Cingio, Pisón, Cornelio Labeón, Niso y Ateyo Capitón. En otras ocasiones encubre la autoría con indefinidos del tipo *alii, quidam, non nulli*, etc. Encontramos nuevas etimologías de este contertulio en el libro tercero<sup>87</sup>.

Su erudición le permite ofrecer de algunos términos más de una explicación. Cuando ello ocurre, en ocasiones se decanta por una en concreto. Así sucede, por ejemplo, con el término *idus* del que ofrece tres explicaciones distintas una derivada a partir del latín, otra del griego y una tercera, que es la que considera más correcta, del etrusco. Este ejemplo sirve para caracterizar las etimologías de este personaje. En él vemos cómo recurre a cambios fonéticos si éstos le ayudan en sus intereses, cómo ofrece la etimología de otros términos que corroboren el término inductor elegido y cómo recurre a lenguas distintas al latín en su explicación etimológica<sup>88</sup>.

La mayor parte de las etimologías de Pretextato corresponden a términos referentes al calendario<sup>89</sup>, a nombres de divinidades<sup>90</sup>, a *cognomina*<sup>91</sup> y a términos del vocabulario religioso<sup>92</sup>. Todas ellas, en especial las del libro primero, recuerdan el libro V del *de lingua Latina* de Varrón.

En el libro primero también interviene Cecina. En su respuesta a la

pregunta “*quando in Saturnalia incipere dicamus*” hace una exposición sobre la duración del día y de sus partes en la que que recurre en varias ocasiones a la etimología<sup>93</sup>. Al igual que Pretextato no duda en recurrir al griego como término inductor. Nuevamente encontramos una etimología suya en el libro sexto. Con ella explica un antiguo epíteto de Marte<sup>94</sup>. Sus etimologías son de carácter anticuario.

En el libro quinto, Eustacio habla sobre los parecidos entre los poetas griegos y el latino Virgilio. Esos parecidos habían sido calificados por algunos gramáticos como invenciones producto del ingenio virgiliano. Este contertulio demuestra que si los gramáticos han actuado así es para no verse obligados a nombrar a esos autores que el poeta de Mantua toma como modelos<sup>95</sup>.

Eustacio recurre a la etimología para señalar el origen griego de algunas de esas invenciones virgilianas como son los nombres de los vasos<sup>96</sup>, los dioses *Palici*<sup>97</sup> o una costumbre del pueblo de los Hernicos<sup>98</sup>. Le sirve también para reseñar el mal uso de ciertos términos por parte de Virgilio en su imitación de los griegos. Así ocurre con *candens* en la descripción del Etna<sup>99</sup>. Tanto el planteamiento de la cuestión como la propia explicación coincide con lo dicho por Favorino en la obra de Gelio<sup>100</sup>. No será la única ocasión en que esto ocurra. Sucederá también en algunas de las etimologías puestas en boca de Servio.

Ofrece una nueva etimología en el libro séptimo. Se trata esta vez de un teónimo. La explicación que ofrece del nombre de Diana coincide con la expuesta en el libro primero por Pretextato<sup>101</sup>.

Eustacio recurre en algunas de sus etimologías, en concreto en las de los nombres de los vasos, a anotaciones fonéticas que le permitan explicar adecuadamente la relación etimológica establecida. La etimología desarrollada por él es de carácter gramatical. La emplea como ya hicieran los gramáticos alejandrinos, para comentar la obra poética de un determinado autor, en este caso Virgilio.

En el libro sexto Avieno, a instancias de Pretextato, pregunta a Servio por el uso incorrecto que Virgilio hace de ciertos términos. Éste, que actúa como un gramático preocupado por la corrección y la pureza del lenguaje, recurre a la etimología para demostrar, justamente al contrario de lo que aquel piensa, que Virgilio utiliza correctamente la lengua latina.

Aquellas respuestas en las que Servio recurre a la etimología siguen muy de cerca el texto de las *noctes Atticae* de Gelio. Así ocurre con las explicaciones etimológicas de los términos *uexasse*, *bidentes* y *squalere*. En 2. 6 Gelio expone la etimología de *uexasse* para demostrar que dicho término había sido empleado correctamente por Virgilio. La argumentación de Servio en *Satur.* 6. 6. 7 ss. coincide con la de Gelio. Las variaciones que Macrobio ofrece afectan a determinadas palabras (cambia *credo* por *arbitror* y *factum* por *tractum*) y a la supresión de una frase. En la explicación de *bidentes* (Gel. 16. 6. 8 ss. y Macr. *Satur.* 6. 9. 2 ss.) ofrece variaciones del mismo tipo. Sin embargo, la explicación referida a *squalere* (*Satur.* 6. 7. 17 ss.) es un calco de la de Gelio (2. 6. 20 ss.).

El parecido entre ambos autores ha sido objeto de estudio por parte de Tuerk (1965: 381-406). Concluye este estudioso que, pese a los elementos tomados en préstamo de Gelio, Macrobio no sigue a ciegas a ese autor sino que contrasta su lectura de las fuentes con la de Gelio. Así ocurre, por ejemplo, con la etimología de *uestibulum* en la que las explicaciones de Gelio (16. 5) no están referidas a ningún pasaje concreto de Virgilio tal y como ocurre en Macrobio (*Satur.* 6. 8 15 ss.).

Además de en cuestiones léxicas, Servio recurre a la etimología también para resolver cuestiones gramaticales. Así, en el primer libro, a instancias de Pretextato, explica por qué se prefiere la forma de genitivo *Saturnalium* a *Saturnaliorum* sirviéndose en el desarrollo de sus explicaciones de una etimología varroniana<sup>102</sup>.

#### 4. 2 - Vocabulario técnico

A lo largo de la obra, para designar las etimologías los contertulios acuden a diferentes giros *nominis quaestionem et originem eius*<sup>103</sup>, *origo et causa*<sup>104</sup>, *ratio*<sup>105</sup>, ἔτυμολογία<sup>106</sup>. Los tres primeros aparecen en boca de Pretextato y el último lo emplea Eustacio. Este contertulio lo identifica con *interpretatio*, término que en otras ocasiones significa “traducción”<sup>107</sup>.

#### 4. 3 - Métodos y esquemas etimológicos

Los diferentes contertulios que recurren a la etimología se sirven de los mismos métodos y esquemas registrados hasta ese momento por otros autores. Emplean preferentemente la derivación, en menor número de ocasiones la composición y en una única ocasión la similitud<sup>108</sup>. No hay ejemplos de etimologías antifrásticas ni onomatopéyicas.

Utilizan los tres esquemas, el derivativo, el causal y el mixto. El menos empleado de todos ellos es el esquema mixto y el más empleado el derivativo.

#### 4. 4 - Comparación con Gelio

No podemos concluir el análisis de la obra de Macrobio sin incidir, aunque sea de forma somera, en los parecidos y diferencias que la obra de este autor guarda con la de Gelio.

A diferencia de éste, no encontramos en Macrobio referencias gramaticales que dejen entrever sus opiniones personales acerca de la lengua latina y en concreto de la etimología. Las consideraciones que nosotros hemos hecho se basan en las aquellas explicaciones etimológicas puestas en boca de los diferentes contertulios. En algunas de ellas Macrobio sigue muy de cerca determinados pasajes de Gelio sin indicar nunca que así lo hace. El autor de las *Saturnales* no fue un escritor original sino un compilador. Y si bien Gelio también compiló, le supo dar a su obra un toque original al incluir

en ella consideraciones propias, por lo menos en lo referente a la etimología. En Macrobio no encontramos consideraciones de este tipo.

## **5 - El comentario de texto**

Al hablar del comentario de texto en los primeros siglos del Imperio remitimos al presente capítulo. La razón argüida fue la falta de material para poder llevar a cabo un análisis del uso de la etimología en el mismo. Los comentarios que nos han llegado de la Antigüedad tardía son más abundantes y permiten llevar a cabo dicho análisis.

Durante la antigüedad tardía, además de comentarse los autores latinos clásicos, comenzó también a realizarse esta labor en los textos de las Escrituras. A partir de finales del siglo IV, a medida que se imponía la nueva orientación enciclopédica cristiana el número de comentarios de textos cristianos aumentó. Y aunque estos textos en su contenido no tenían nada que ver con los paganos, sin embargo la forma de comentar fue similar. La razón no es otra que el que los comentaristas cristianos estudiaron en escuelas paganas y en ellas aprendieron esta práctica. Jerónimo, por ejemplo, tuvo como maestro a Donato.

Pese a la similitud formal con la de aquellos otros comentarios, el realizado por los autores cristianos se reorientó hacia la interpretación alegórica. La finalidad era la interpretación correcta de la Biblia.

### **5. 1 - Tipos de comentarios**

Amsler (1989: 119-132) ofrece una tipología de comentarios que podemos encontrar independientemente de que se trate de una obra pagana o de algún libro de la Biblia: comentario técnico o literal, comentario enciclopédico y comentario moral o alegórico.

En el primero se incide en el lenguaje y las figuras del texto. El segundo no se restringe a la descripción del sistema gramatical latino sino que

incorpora el currículum escolar, lo cual permite al comentarista hacer gala de su erudición. El último de los tipos de comentarios distinguidos por Amsler, el alegórico, sirve para llegar a la verdad revelada.

Un mismo texto podía ser objeto, según el autor, de diferentes tipos de comentarios. Así ocurre, por ejemplo con la *Aeneis*, comentada técnicamente por Prisciano, de forma enciclopédica por Servio y alegórica por Fulgencio.

En los tres tipos de comentarios descritos la etimología tiene cabida. Pero su uso no es igual en todos ellos. Para poder establecer los parecidos y diferencias vamos a analizar comentarios de los tres tipos. Como muestra de comentario enciclopédico examinaremos los realizados por Porfirión a Horacio, Donato a Terencio y Servio a Virgilio. El comentario técnico estará representado por el comentario de Prisciano a la *Aeneis* de Virgilio y como muestra de comentario alegórico examinaremos algunos de los realizados por tres autores cristianos: Jerónimo, Agustín y Casiodoro.

Analizaremos en primer lugar el comentario enciclopédico, en segundo el técnico y en tercer lugar el alegórico.

## 5. 2 - El comentario enciclopédico: Porfirión, Donato y Servio

Las ediciones que seguimos son la de Holder (1967) para Porfirión, la de Wessner (1966) para Donato y la edición Thilo (1961 = 1887) para el comentario de Servio a los *Bucolica* y *Georgica* y la de Thilo-Hagen (1961 = 1881-1884) para el de la *Aeneis*.

El comentario enciclopédico presenta la siguiente estructura: tras una breve introducción en la que se ofrecían datos de la vida del autor, el título de la obra, el género literario al que pertenecía, los motivos que llevaron al autor a escribirla y la intención de la obra, se iniciaba el comentario propiamente dicho<sup>109</sup>.

Era éste un comentario de herencia alejandrina que constaba de dos partes, la *uerborum interpretatio* y la *historiarum cognitio*. En la *uerborum*

*interpretatio* se atendía a la forma de las palabras y del texto, y en la *historiarum cognitio* al contenido del texto, el tema, los personajes y los sucesos, lo cual permitía a los comentaristas desarrollar de forma gratuita su erudición.

La etimología entraba en juego en ambos apartados. Por un lado, ayudaba a interpretar el vocabulario empleado por los poetas. Por otro, servía para aclarar determinadas instituciones, algún antropónimo o algún topónimo que apareciera en el texto.

El empleo que Donato y Servio hacen de la etimología no es igual al registrado en sus artes. No la utilizan como apoyo en la definición de términos técnicos ni en explicaciones gramaticales, sino para aclarar significados de palabras que aparecen en el texto comentado y que pueden dificultar la comprensión del mismo. Ese mismo uso es el que se registra en Porfirión.

Sin embargo, a lo largo de los siglos se observa en este empleo una cierta evolución. Mientras que Porfirión en su comentario a Horacio o Donato en el suyo a Terencio se limitan a señalar etimologías de palabras pertenecientes a las obras comentadas, Servio se sirve de ella también para aclarar otros términos que él mismo incluye en su comentario. En este nuevo uso, que se registra sobre todo en las explicaciones mitológicas, la etimología suele tener carácter erudito y anticuario.

Contamos con ejemplos en los comentarios de los tres poemas virgilianos. En *Buc.* 1. 2 indica que *meditaris* es un término de origen griego. Para poder explicar el cambio fonético operado entre el griego y el latín ofrece un ejemplo en el propio latín de ese mismo cambio<sup>110</sup>. En *Georg.* 1. 43 el hecho de hablar de la primavera y del comienzo del año le lleva a ofrecer las etimologías de los diferentes meses<sup>111</sup>. En *Aen.* 3. 138 hablando de la peste salen a colación el dios que la provoca, Apolo, y su etimología<sup>112</sup>.

Pero la explicación del vocabulario no es el único uso que se le da a la etimología, también se utiliza en cuestiones ortográficas. Con ella se justifica una determinada grafía. Según de qué palabra derive un determinado

término éste se puede escribir de una manera o de otra. Así Donato indica que se puede escribir *percontatum* o *percunctatum* según cuál sea su término inductor<sup>113</sup>. También encontramos ejemplos en Servio quien recurre a ella para explicar por qué *honustum* tiene aspiración inicial a diferencia de *oneratus* que no la tiene<sup>114</sup>. Los ejemplos son poco frecuentes.

La etimología se utiliza igualmente en cuestiones métricas. En este caso, los ejemplos los registramos exclusivamente en Servio. Se da en estos casos una interrelación entre métrica y etimología puesto que la etimología de una palabra puede condicionar su uso en un verso y, a la vez, el empleo de esa palabra en el verso puede influir a la hora de preferir una explicación etimológica a otra. No debemos olvidar que para los latinos las diferentes explicaciones etimológicas de una misma palabra no son sino acercamientos distintos igualmente legítimos de la relación establecida entre ésta y su término inductor (uid. infra 329 s.).

Un ejemplo, en *Aen.* 8. 51 Servio señala que la mejor etimología para *Palatinus* es hacerlo derivar del héroe *Pallante*. Sólo en ese caso la cantidad de la sílaba *pa-* es breve y cabe en el hexámetro tal y como la ha empleado Virgilio. Si deriva de *balatu*, *pa-* sería larga (así ocurre en Marcial tal y como indica el propio Servio sin aportar la cita concreta, cf. *Mart.* 8. 39. 1 y 9. 24. 1) y el término en cuestión no cabría en el verso virgiliano<sup>115</sup>.

Servio también señala que, en ocasiones, la medida de una sílaba puede verse alterada por necesidades métricas sin respetar la que le corresponde por su origen<sup>116</sup>.

Un cuarto uso de la etimología en los comentarios enciclopédicos es ayudar en la elección de una determinada lectura del texto. Con ayuda de la etimología Servio señala que las costas a las que llega errante Eneas son *Lauina litora* y no *Lauinia litora*. En el primer caso el adjetivo derivaría de Lauino, la ciudad fundada por el hermano del rey Latino, y en el segundo de Lavinia, nombre que tomaría esa ciudad de la hija de Latino tras su boda con Eneas. *Lauinia* sería, por tanto, una palabra posterior a la llegada de Eneas a Italia<sup>117</sup>. Los ejemplos de este uso son escasos.

Cuando la lectura que ofrece difiere de la ofrecida por otros códices más antiguos Servio no duda en señalar una etimología para cada lectura. De este modo queda garantizada la explicación<sup>118</sup>.

Así pues, son cuatro los usos que tiene la etimología en este tipo de comentarios: el vocabulario, la ortografía, la métrica y la lectura correcta del texto.

En los comentarios enciclopédicos no es raro encontrar varias etimologías de una misma palabra. Es una práctica que no resulta extraña, puesto que la hemos registrando en otros autores antes que ellos como, por ejemplo, Varrón, Gelio o Festo. En algunos casos, Servio ofrece pequeños catálogos formados por tres, cuatro y hasta cinco etimologías diferentes. Así ocurre, por ejemplo con el nombre de los montes *Auentinus* (*Aen.* 7. 657) y *Palatinus* (*Aen.* 8. 51) de las que ofrece tres y cinco etimologías respectivamente, o con el apelativo *indigetes* (*Aen.* 12.794) del que reúne cuatro explicaciones distintas. Lo más frecuente es que en caso de enumerar diferentes etimologías su número se reduzca a dos<sup>119</sup>.

Los ejemplos de varias explicaciones etimológicas para un mismo término son menos frecuentes en Porfirión y en Donato<sup>120</sup>. En sus catálogos Servio opina en ocasiones cuál de las etimologías ofrecidas es, a su juicio, mejor<sup>121</sup>.

Porfirión y Donato no suelen indicar ningún dato acerca del posible autor de las diferentes etimologías incluidas en sus obras. Se limitan a ofrecerlas. Todo lo más, cuando señalan dos posibles etimologías, una de ellas aparece introducida por un indefinido. Por el contrario, Servio, aunque tampoco es lo usual, menciona a autores como Varrón, Virgilio o Tito Livio. No obstante, es más frecuente que recurra al uso de indefinidos del tipo *multi*, *quidam*, *alii* o *non nulli*<sup>122</sup>.

Otra diferencia de uso entre las artes y estos comentarios es que en estos

últimos las indicaciones de carácter fonético sobre los cambios operados en las palabras son más frecuentes. En aquellas tal consignación sólo tiene lugar en tres ocasiones tal y como ya se indicó (uid. supra 91 s. y 94). Encontramos ejemplos en los tres autores, preferentemente en Servio y en especial en su comentario a la *Aeneis*<sup>123</sup>.

También de más frecuente en los comentarios que en las artes el uso de los *nomina ficta*. En éstas encontramos repetidos en diversos autores cuatro *nomina ficta*, *legitera*, *adcantus*, *notamen* y *participium* correspondientes a los términos técnicos *littera*, *accentus*, *nomen* y *participium* respectivamente. Entre los artíficos de los siglos IV y V sólo Pompeyo ofrece un ejemplo distinto (uid. supra 94 nota 49). En los comentarios los ejemplos son más numerosos y variados. Se emplean tanto en las explicaciones etimológicas de nombres comunes como de nombres propios, siendo más frecuentes en estos últimos; asimismo contamos con algún ejemplo de adjetivos<sup>124</sup>. Registramos ejemplos en los tres autores. Y como ocurría con el empleo de las *quaternae causae* Servio es el que recurre a este proceder en un mayor número de ocasiones.

Algunos de los *nomina ficta* que leemos en los comentarios vienen de antiguo. Es el caso de *filamen* conocido ya desde época de Varrón<sup>125</sup>. Otros los registramos por primera vez y volveremos a encontrarlos en autores posteriores como Isidoro<sup>126</sup>. En el único ejemplo registrado en Porfirión, así como en la mayoría de los de Servio los *nomina ficta* no son latinos sino griegos o, al menos, están relacionados con esa lengua<sup>127</sup>. Para introducir los *nomina ficta* los tres comentaristas emplean el adverbio *quasi*. Las excepciones a este uso son escasas. En Donato (*Ter. Andr.* 726) encontramos un ejemplo con *ueluti*.

En los comentarios se registra una mayor variedad de métodos y esquemas etimológicos que en las artes. En éstas los métodos empleados en las etimologías de las definiciones de términos técnicos y en las explicaciones gramaticales son la derivación y la composición. En ellas encontramos

también ejemplos de onomatopeyas y antífrasis en la tercera parte, la dedicada a los vicios y virtudes, al hablar de los tropos.

En los comentarios la derivación y la composición siguen siendo los métodos más productivos. Encontramos también ejemplos de las etimologías trópicas, esto es, explicadas mediante la onomatopeya, la similitud y la antífrasis. Como en otras ocasiones los ejemplos son más abundantes en Servio que en los otros dos comentaristas<sup>128</sup>.

Frente al esquema causal, “B quod”, generalizado en las artes, en los comentarios se registra una mayor variedad. Las diferentes etimologías que ofrecen en sus comentarios Porfirión, Donato y Servio contestan unas veces a la cuestión *unde*, “B ab A” y “inde / unde B”, otras a la cuestión *cur*, “B quod”, “B (ab) eo quod”, “B quia”, y en ocasiones a ambas, “B ab A quia / quod”. En los tres autores el empleo del esquema derivativo supera al causal. Porfirión recurre diecisiete veces al esquema derivativo frente a dos del esquema causal. En Donato los ejemplos del primer esquema también superan a los del segundo, dieciséis frente a seis, y lo mismo ocurre en Servio. En concreto en los *Bucolica* recurre dieciséis veces al esquema derivativo y una al esquema “B quod”, en los *Georgica* son cuarenta y nueve etimologías del tipo “B ab A” y doce con alguno de los esquemas causales, en la *Aeneis* contabilizamos doscientas sesenta etimologías con el esquema derivativo y cuarenta y dos de esquema causal<sup>129</sup>.

Los diferentes esquemas etimológicos a los que acuden los comentaristas van precedidos o seguidos de un verbo de lengua. En Porfirión y en Donato dicho verbo suele ser *dicere*. Servio ofrece una mayor variedad. Además del ya nombrado *dicere* recurre también a los verbos *appellare*, *componere*, *trahere*, *nominare* y *uocare*.

De estos tres comentaristas, Porfirión no recurre en ningún momento a un término técnico para designar la etimología, pero sí lo hacen Donato y Servio. El primero de ellos emplea una única vez la forma griega *ετυμολογία* y ninguna su transcripción latina *etymologia* o alguno de los otros términos

posibles como *ratio* u *origo*<sup>130</sup>. Servio recurre en dieciséis ocasiones al término *etymologia* y tres a *origo*. Dichos términos no son utilizados con la misma frecuencia en sus diferentes comentarios: en los *Bucolica* no aparecen ni uno ni otro, en los *Georgica* encontramos tres veces el término *etymologia*, mientras que en la *Aeneis* aparece trece veces *etymologia* y tres *origo*<sup>131</sup>.

Llama la atención el hecho de que Servio no emplee nunca el término griego, que sólo utilice su transcripción latina, puesto que para otros términos técnicos no duda en recurrir a la lengua griega. Así lo hace al nombrar la antífrasis, para lo que recurre tanto al griego como a la transcripción latina.

En siete de los casos en los que Servio utiliza *etymologia* el término inductor de la palabra comentada es griego y en cinco de ellos dicho tecnicismo va determinado por el adjetivo *Graeca*<sup>132</sup>. En otras cinco ocasiones emplea dicho término en explicaciones etimológicas con término inductor latino, en dos de las cuales *etymologia* aparece determinado por el adjetivo *Latina*<sup>133</sup>. Debemos indicar también que en dos de estas cinco ocasiones el término en cuestión se encuentra asociado al nombre de Varrón quien aparece en estos y en otros casos a lo largo del comentario como criterio de autoridad<sup>134</sup>.

En otros dos casos el término en cuestión hace referencia a una explicación ya dada. *Etymologia* designaría en ambos casos la explicación etimológica sin más. Quedan aún otras dos menciones por comentar. En *Aen.* 11. 97 Servio indica cómo la costumbre puede alterar el uso de una palabra sin tener en cuenta su origen al que designa como *etymologia*<sup>135</sup>. En *Aen.* 12. 139 remite al origen del término sin indicar expresamente cuál es<sup>136</sup>.

*Origo* sólo aparece como sinónimo de *etymologia* en tres ocasiones, en la explicación del término *anchora* y en dos aclaraciones de cuestiones métricas<sup>137</sup>.

El tipo de palabras que son objeto de indagación etimológica es preferentemente el sustantivo, en especial los nombres propios. Porfirión ofrece etimologías de sustantivos, así como de adjetivos<sup>138</sup>. Donato incluye

también verbos y adverbios. Los ejemplos más abundantes son los de los sustantivos, en especial los *nomina appellatiua*<sup>139</sup>. Servio ofrece etimologías de nombres sustantivos y adjetivos. La mayor parte de los ejemplos son sustantivos, en especial topónimos. El comentario al canto VI de la *Aeneis* es el que reúne mayor número de etimologías. En él encontramos todos los tipos posibles<sup>140</sup>.

Los tres autores recurren al latín como lengua inductora de la mayoría de las etimologías que ofrecen. No obstante, también se registran ejemplos con término inductor griego. Servio es el que ofrece el mayor número de ejemplos. Y, si bien admite el origen griego para un gran número de palabras latinas<sup>141</sup>, no admite lo contrario, que el vocabulario griego se pueda explicar a partir del latín. En las dos ocasiones en que lo afirma critica a Donato quien, a tenor de las palabras de Servio, sí parece admitir esa posibilidad<sup>142</sup>. Ya hemos indicado que Servio ofrece en numerosas ocasiones dos o más explicaciones etimológicas de un mismo término. En esos casos no es raro encontrar que esas explicaciones tengan términos inductores procedentes de diferentes lenguas, en especial el latín y el griego<sup>143</sup>.

La mayor parte de las etimologías con término inductor griego corresponden a teónimos, topónimos, *nomina*, *cognomina* y gentilicios.

Si algo podemos concluir de este estudio sobre el comentario enciclopédico es que los tres comentarios realizados por Servio, en especial el dedicado a la *Aeneis*, son el prototipo.

Un comentario de este tipo de una obra cristiana sería impensable. En él se reúnen un sinnúmero de datos innecesarios para la comprensión de la Biblia, fin último de la educación cristiana. Un comentario enciclopédico se apartaría de la razón última que guía al cristiano en su labor comentarista. Ello no quita que, tal y como veremos, en los comentarios de tipo alegórico se encuentren rasgos de erudición propios del comentario enciclopédico.

### 5.3 - El comentario técnico: Prisciano

Frente a los comentarios enciclopédicos de Porfirión, Donato y Servio que están dedicados a obras completas, Prisciano comenta de forma técnica el primer verso de los diferentes cantos que componen la *Aeneis*. El título de su comentario es *Partitiones duodecim uersuum Aeneidis principalium*.

Amsler (1989: 119), siguiendo a Glück, lo califica como el comentario técnico más riguroso de esta época. Por su parte Collart (1971: 283) dice de él que, pese a ser monótono, es un claro ejemplo de lo que debía ser el comentario de un gramático.

Prisciano va preguntado y respondiendo como si se tratase de una clase de gramática. Comienza con la escansión del verso. Describe globalmente las partes de la oración de que consta dicho verso y luego analiza de una en una las palabras del texto. Para ello pregunta por sus accidentes gramaticales y por su figura. Al hablar de ésta indica su etimología insistiendo, cuando así lo cree conveniente, en cuestiones ortográficas, en aclaraciones fonéticas o en su diferencia con otros términos semejantes<sup>144</sup>. A diferencia de Porfirión, Donato y, sobre todo, de Servio no ofrece más que una etimología en cada explicación. Asimismo, pese a recurrir en algunas ocasiones a la *quaterna causa*, no ofrece ejemplos de *nomina ficta*, hecho que también lo distingue de los otros tres comentaristas.

Servio incluía en su comentario etimologías correspondientes a términos que no formaban parte del lema a comentar. También Prisciano ofrece ejemplos de este tipo. Pero, a diferencia de Servio, estas etimologías corresponden a los términos técnicos que designan las distintas partes de la oración. Cuando indica qué tipo de palabra es cada uno de los términos del verso que comenta define dicho tipo de palabra sirviéndose en numerosos casos de una definición etimológica semejante a las que aparecen en las artes descriptivas. Los ejemplos de etimologías registrados corresponden sólo a cinco de las ocho *partes orationis*, pronombre, participio, adverbio, preposición y conjunción<sup>145</sup>. La interjección no la define nunca y del nombre

y del verbo ofrece definiciones sin recurrir en ninguna ocasión a la etimología.

El comentario técnico es, pues, diferente al comentario enciclopédico. Si bien en él también se emplea la etimología, su uso es más restringido. No hemos registrado ni el uso en cuestiones métricas, ni en facilitar la lectura correcta, pero sí en cuestiones relativas al significado y a la ortografía. Frente a los comentarios se insiste mucho en la cuestión de la figura de la palabra. También hay diferencias en cuanto al empleo de los recursos de la notación fonética y del *nomen fictum*. Los ejemplos de la primera son escasos y los del segundo inexistentes. En el comentario técnico no cabe la digresión erudita. Todo está orientado a la *uerborum interpretatio*, esto es, a la forma de las palabras y del texto.

### **5. 4 - El comentario alegórico. Etimología y exégesis cristiana**

La labor comentarista de los autores cristianos comprendía, además de comentarios alegóricos de obras no cristianas, comentarios de las Escrituras, en especial del *Génesis* y de los *Salmos*. La necesidad no sólo de leer, interpretar y comprender los textos sagrados, sino también de copiarlos hizo que la gramática se afanzara como un conocimiento necesario para el exegeta cristiano, quien se convirtió en un gramático especializado en el estudio y la transmisión de la Escritura.

A ello hay que unir la nueva orientación dada por Agustín al conocimiento de la cultura pagana, que se convirtió en sus manos en una especie de propedéutica a la profundización y comprensión de la Biblia (uid. infra 225 s.). Sin embargo, para que este conocimiento no entorpeciera el correcto entendimiento de los textos sagrados, el comentarista debía encarrilarlo, debía enseñar a leer correctamente los textos. Las palabras eran consideradas signos de la obra de Dios y era necesario saberlas interpretar.

En la defensa del cristianismo, dado su carácter de religión de libro, la interpretación correcta de la Biblia, considerada no sólo la expresión de la

revelación de Dios en beneficio de su pueblo, sino también el patrón que conformaba la vida de dicho pueblo, desempeñaba un papel muy importante. Es precisamente en esa interpretación donde entra en juego la etimología.

Aplicando los conocimientos adquiridos en las escuelas paganas, los comentaristas cristianos recurrían a la gramática, en concreto a la práctica etimológica, y a la retórica no para corregir los textos, sino para leerlos correctamente. Se favorecía con ello la recuperación del sentido originario de la palabra de Dios y su verdadero entendimiento. La etimología ayudaba a desvelar la verdad divina de las Escrituras. En concreto su desarrollo estuvo ligado estrechamente al de los *nomina sacra*, principal reto de los exegetas cristianos durante los siglos II al V (cf. Amsler, 1989: 83). La explicación de los *nomina sacra* estaba autorizada por el evangelio de Mateo (cf. Curtius 1981: 693 s.). Jerónimo dedicaría a esta cuestión el *liber de nominibus hebraicis*.

La búsqueda del sentido verdadero de los nombres nos recordaría al Varrón gramático-anticuario que con ayuda de la etimología intentaba no sólo recuperar la lengua de la época de los reyes sino los primeros tiempos de la ciudad. De un modo similar, los comentaristas cristianos con su indagación sobre el origen de los nombres intentaban llegar a comprender el origen de la creación para así recobrar el origen de la realidad y del lenguaje.

Las etimologías de los comentaristas cristianos tenían más carácter exegético que técnico. Los distintos exegetas reconocían la existencia de dos niveles diferentes de interpretación de las Escrituras, uno literal y otro espiritual. Aunque la etimología tenía cabida en ambos niveles, su empleo varía de unos autores a otros. A lo largo de los siglos se observa que, poco a poco, las figuras retóricas van ganando preeminencia sobre la etimología en estas cuestiones exegéticas (cf. Curtius, 1981: 78).

En líneas generales se puede decir que la cultura cristiana modificó tan sólo parcialmente los principios de la cultura pagana relativos a la etimología, incidiendo más en el plano cuantitativo, esto es, en la introducción de nuevos términos, que en el sustancial y metodológico que permaneció estrechamente

ligado a la tradición clásica (cf. Ferrari, 1978: 27).

La exégesis bíblica se difundió por Occidente en el siglo III. Los primeros escritos exegéticos latinos datan de finales de ese siglo. Sin embargo, este tipo de literatura no se cultivó con interés hasta la segunda mitad del siglo IV. Su práctica se llevaría a cabo tanto en las homilías como en los comentarios destinados a la lectura. Los primeros exegetas latinos (Victorino de Pettau, Tertuliano, Hilario de Poitiers y Ambrosio) fueron muy alegóricos. Pero poco a poco se practicó una exégesis menos alegórica y más literal. Una muestra de ello fue Mario Victorino, autor de conversión tardía al cristianismo, c. 355, quien comentó por primera vez en lengua latina las cartas de Pablo. Y lo hizo de una forma ajena a la tradición patristica. Siguió en su comentario las normas de los comentarios escolares de autores clásicos excluyendo por completo de ellos la interpretación alegórica (cf. Simonetti, 1991: 1370; Hadot, 1971: 289 ss.). La exégesis cristiana en Occidente alcanzaría su cima en el siglo IV con dos autores, Jerónimo y Agustín.

En las siguientes páginas intentaremos analizar cuál es el uso que dan a la etimología estos dos exegetas y también Casiodoro<sup>146</sup>.

### 5. 4. 1 - Jerónimo

Jerónimo (347-419/20) se formó exegéticamente en Oriente con Dídimo y los libros de Orígenes. Sus primeras obras no fueron sino paráfrasis de los comentarios del autor alejandrino. No obstante, poco a poco se fue distanciando de su maestro. Al parecerle excesivo el alegorismo practicado, no sólo por Orígenes, sino también por otros autores<sup>147</sup>, se replantearía la exégesis bíblica y se decantaría por una mayor atención al aspecto filológico y crítico, lo que lo llevaría a traducir del hebreo el Antiguo Testamento.

Dio a su obra exegética la forma de comentario. En su ejecución fue fiel a las concepciones gramaticales que había aprendido de Donato (cf. Jay,

1985: 535s.). Consideraba que la interpretación de los textos se efectuaba en dos niveles distintos: uno literal y otro espiritual<sup>148</sup>. En un primer momento podría pensarse que este hecho refleja, *mutatis mutandis*, el doble aspecto de los comentarios paganos, la *uerborum interpretatio* y la *historiarum cognitio*. Sin embargo, el análisis de la exégesis cristiana llevada a cabo por este autor nos lleva a considerar que ambos aspectos están incluidos en la interpretación literal.

La exégesis literal se alcanza con la *historica explanatio* y la espiritual mediante la *allegoria*. Pero no son esos los únicos términos a los que recurre para nombrarlas. Para referirse a la primera utiliza también *historia* y *hebraica ueritas* y para la segunda *anagoge* y *tropologia spiritus*. El orden a seguir en un comentario exegético es llevar a cabo en primer lugar la interpretación literal y luego la espiritual<sup>149</sup>.

La finalidad de la exégesis literal es poner de manifiesto el sentido del texto para después, en la exégesis espiritual, explicar el contenido, esto es, lo que se oculta detrás de la letra. Jerónimo señala en su comentario a los salmos que hay quien le reprocha el buscar una interpretación espiritual cuando el sentido del texto es evidente<sup>150</sup>.

Tanto en un nivel como en otro presenta y examina opiniones de diferentes autores repitiendo con ello una práctica común en los comentarios paganos y en la exégesis rabínica (cf. Jay, 1985a: 75 nota 49). Su maestro en cuestiones gramaticales, Donato, ya había advertido la necesidad de recurrir a otro autores<sup>151</sup>. El propio Jerónimo reconoció la validez de esa mezcla<sup>152</sup>. Obrando así Jerónimo no pretendía sino facilitar al lector las diferentes explicaciones e interpretaciones sobre un texto para que éste juzgara cuál era la más exacta<sup>153</sup>.

La manera de operar en las explicaciones literales es la siguiente: enuncia un lema, ofrece su traducción y luego la compara con la de otros autores y con el texto de los LXX. En el comentario propiamente dicho procede unas veces como si su traducción y la de los LXX fueran un mismo

texto, mientras que en otras las considera textos diferentes<sup>154</sup>.

La dimensión de esos lemas varía de unas obras a otras. Tal y como observa Jay (1985a: 78) en su estudio al comentario de Isaías, unas veces eran lemas grandes, esto es, textos enteros, como en el caso del comentario a Mateo, otras eran lemas pequeños, como los comentarios a Habacuc o al Eclesiastés. Afirma este estudioso (1985: 92 ss. y 395) que, en un principio y de forma semejante a los gramáticos, los lemas que Jerónimo comentaba textos muy breves al modo de los gramáticos, pero que éstos se fueron alargando. Los textos que comenta no son palabras, ni versos, sino unidades de sentido que engloban una o más frases. Le guiaba una preocupación por la unidad textual inexistente en los gramáticos (cf. Jay, 1985: 86). Las explicaciones se orientan en una gran parte de los casos hacia el vocabulario hebreo, en especial hacia los nombres propios (topónimos y antropónimos). No se trata de explicaciones gratuitas sino indicaciones que facilitan la comprensión del texto. Igualmente comenta, cuando lo considera necesario, leyes, prácticas y tradiciones hebreas ajenas a los lectores occidentales.

En este tipo de explicaciones no es raro encontrar ejemplos de etimologías. Algunas están relacionadas con su labor crítica del establecimiento del texto hebreo correcto. Otras son ejemplos de erudición, ya que no son sino derivaciones etimológicas de gentilicios o de topónimos a partir de algún nombre que aparece en el texto bíblico. La mayoría de estas etimologías corresponden a nombres propios. Su número varía de unas obras a otras. En sus *Hebraicae quaestiones in libro Geneseos* los ejemplos son abundantes, mientras que en el libro quinto del *commentum in Isaiam* dedicado exclusivamente a la interpretación literal sólo encontramos una<sup>155</sup>. En opinión de Jay (1985a: 187 nota 287), este autor mostraba cierta reticencia en el uso de la etimología en estas cuestiones.

Jerónimo es consciente de que las etimologías de los nombres propios hay que explicarlas en su lengua vernácula, esto es, en hebreo<sup>156</sup>. Por ello se lamenta de que haya autores latinos que, siguiendo la costumbre de derivar el vocabulario latino a partir del griego, expliquen también como de origen

griego nombres procedentes ya del hebreo, ya de otra lengua<sup>157</sup>.

Pero las etimologías que ofrece en su interpretación literal no se limitan a los nombres propios. También contamos con explicaciones referidas a nombres comunes. Y en ellas encontramos nuevamente ejemplos del empleo de la etimología relacionados con su labor filológica. En su comentario al *Génesis*, en el pasaje referido a la creación de la mujer, señala que ni en griego ni en latín los términos con los que se designan el hombre y la mujer guardan la relación etimológica que en hebreo se establece entre las palabras que sirven para designarlos, 'his' e 'hissa'. Por ello, imitando al comentarista griego Simmaco propone reproducir esa relación en latín mediante los términos *uir* y *uirago*<sup>158</sup>. En otras ocasiones las etimologías de nombres comunes pueden ser considerada ejemplos de erudición. En la explicación de un versículo de Isaías señala que Dios compara a su pueblo no con animales listos, como el perro, sino con animales tontos como el buey o el asno, y aprovechando que habla de bueyes ofrece la etimología de *iumenta*, otra designación dada a estos animales<sup>159</sup>. Las etimologías de nombres comunes pueden corresponder también a palabras de las que ya existía una explicación etimológica, a las que Jerónimo añade la suya, más acorde con el credo cristiano<sup>160</sup>.

Pese al uso que hace de la etimología en este tipo de exégesis nos encontramos también con indicaciones en las que rechazaba su empleo<sup>161</sup>.

Para alcanzar el sentido espiritual de un texto Jerónimo se valía de diferentes vías de acceso de las que nunca hizo una descripción explícita. Una de esas vías es, según Jay (1985a: 282 ss.), la etimológica. Se servía de ella fundamentalmente en la explicación del sentido de los nombres propios. En la tradición judeo-alejandrina la etimología estaba estrechamente unida a la interpretación alegórica de los nombres propios. Con su ayuda se explicaban, por ejemplo, la naturaleza y el carácter de una persona, favoreciéndose con ello la comprensión del significado del texto. La importancia del nombre de la persona era tal que, si ésta cambiaba, su nombre también lo hacía<sup>162</sup>. En

opinión de Jay (1985a: 295) Jerónimo tal vez recurrió al empleo de la etimología en la explicación de los nombres propios para frenar el uso indiscriminado de la alegoría en este tipo de comentarios.

La explicación del significado de los *nomina sacra* (suelen ser traducciones introducidas por la fórmula *interpretatur*) permite a Jerónimo ahondar en el significado alegórico del texto sagrado. En su comentario a Zacarías insiste en el papel que juega la etimología en la comprensión correcta del texto sagrado<sup>163</sup>; en otro pasaje de esta misma obra señala que todos los nombres significan algo y que si no es así es porque está corrupto, o porque procede de otra lengua.

Jerónimo reunió en su *liber interpretationis Hebraicorum nominum* la mayoría de los *nomina sacra* que luego aparecen en sus comentarios a los distintos libros de la Biblia. El sistema que sigue es sencillo. Señala el nombre en hebreo e inmediatamente después ofrece su traducción latina. No media ninguna explicación. En caso de duda, cuando la palabra latina que traduce el nombre hebreo se puede confundir en latín con otra lo advierte<sup>164</sup>. En una ocasión, al indicar cuál es la interpretación del nombre de *Efrain*, hace derivar del término que ofrece como traducción un posible nombre propio latino útil para designar a ese personaje bíblico<sup>165</sup>.

Al hablar de la interpretación literal señalamos que Jerónimo defendía que la explicación etimológica tenía que hacerse con relación a la lengua a la que perteneciera el término en cuestión. Frente a esta defensa de la lengua original no queremos dejar de destacar que en el *liber interpretationis Hebraicorum nominum*, en ocasiones, después de ofrecer la interpretación de un nombre hebreo considera que es mejor explicarlo a partir del griego para lo cual ofrece una etimología basada en dicha lengua<sup>166</sup>.

Para designar la etimología Jerónimo recurre en sus diversos comentarios al término griego y a su transcripción latina. En concreto en el *liber interpretationis Hebraicorum nominum* aparece en tres ocasiones el término griego ἐτυμολογία y seis *etymologia*.

Jerónimo emplea siempre dichos términos, en especial la transcripción latina. No utiliza ni *origo*, ni *causa*, ni *ratio*. Su uso se circunscribe a los *nomina sacra*. El término latino tiene en numerosas ocasiones la acepción de “traducción”<sup>167</sup>.

#### 5. 4. 2 - Agustín

Jerónimo tenía en común con Agustín (354-430) la aceptación de la cultura pagana en aquello que les pudiera ser útil en su labor exegética. A pesar de ello, dicha labor presenta en ambos autores ciertas diferencias. Agustín no actuó como editor, como hiciera Jerónimo, sino como exegeta. Se limitó a colacionar distintos textos sin otro fin que el de llegar a la plena comprensión del contenido de la revelación divina. No sólo fue más alegorista que Jerónimo, sino que, además, mostró menos interés que éste por el texto en sí de las Escrituras. Ese menor interés, junto con su concepción de la etimología, motivaron que el empleo de ésta no fuera el mismo.

Amsler (1989: 128) ve en ambos autores dos quehaceres etimológicos diferentes. En su opinión, mientras que Jerónimo desarrolla la etimología para recuperar el significado original de las Escrituras, el de Hipona se sirve de ella para hacerse entender por la audiencia a la que dirige sus escritos y homilías.

En el *de doctrina christiana* Agustín expuso su concepción del método exegético. Distingue dos sentidos en las Escrituras, uno literal, *signa propria*, y otro espiritual, *signa translata*, y enuncia una serie de reglas relativas al discernimiento de ambos sentidos<sup>168</sup>. En opinión de Marrou (1949: 423 nota 4), Agustín, sin indicarlo de forma expresa, distingue en la explicación literal dos niveles, el sentido literal propio y el sentido literal figurado. El primero de ellos consiste en encontrar el sentido inmediato de las palabras y el segundo en darle un nuevo sentido con ayuda de los tropos.

En la búsqueda del sentido literal opera al modo de los gramáticos

paganos de quienes había aprendido a comentar textos. Como ellos recurre a la etimología bien para explicar palabras raras o préstamos de otras lenguas, bien para precisar el significado de un término cuando éste puede prestarse a confusión. En la explicación del sentido espiritual se sirve de las figuras y de los tropos. Con su ayuda interpreta el verdadero sentido del texto. En este tipo de explicaciones también es útil la etimología, en especial para interpretar los nombres propios que estaban en hebreo<sup>169</sup>.

Amsler (1976: 133) considera que Agustín no distinguió entre las técnicas exegéticas aplicadas al sentido literal y las aplicadas al sentido alegórico o espiritual.

La exégesis bíblica no fue el único uso que Agustín le daría a la etimología. También recurrió a ella en otras obras de carácter apologético. Su número se incrementa en aquellas escritas en los últimos años de su vida. Se sirvió de ella bien para explicar el significado de una palabra, bien como una simple nota de curiosidad erudita, bien como punto de partida de un argumento. De estos tres usos el primero es el más frecuente. Las diferentes etimologías que ofrece en sus obra proceden en su mayoría de autores anteriores a él. No obstante, también propuso alguna nueva.

La mayor parte de las palabras cuya etimología ofrece suelen ser términos con los que se designan conceptos teológicos y filosóficos<sup>170</sup>. Algunas de las etimologías que encontramos en Agustín no sirven sino para dar cuenta del nuevo significado que una palabra ya acuñada adquiere en la doctrina cristiana. Así ocurre, por ejemplo, con los términos *religio* (*Retract.* 1. 13. 9), *heroas* (*C. D.* 10. 21) y *caerimonia* (*Retract.* 2. 37. 2).

El empleo de la etimología en estas obras exegéticas y apologéticas contrasta no sólo con el escaso uso que hace de ella en el capítulo dedicado a la gramática de su obra enciclopédica sino también con el valor que él mismo le ha asignado (uid. supra 99 e infra 181-185).

### 5. 4. 3 - Casiodoro

En el siglo VI Casiodoro (484 / 490 -594) comentaría los salmos en una obra titulada *Expositio in psalmos*. Dicha obra fue no sólo la primera que escribió tras su conversión al cristianismo, sino también la primera de carácter exegetico. En el prefacio expuso los principios exegeticos que guiarían su labor de comentarista. Casiodoro insiste en varios de sus capítulos en la existencia de un doble sentido, literal y espiritual, de las Escrituras y la necesidad de dos explicaciones diferentes<sup>171</sup>. En su último capítulo indica el esquema que va a seguir en cada salmo: título, división del salmo, explicación y, por último, la lección que se puede extraer del salmo.

La tercera de estas partes, la llamada *explanatio*, es aquella en la que se llevan a cabo la verdadera labor exegetica<sup>172</sup>. Señala J.M. Courtes (1964: 363 y 372) que dicha labor depende estrechamente de las etimologías y de los esquemas dialécticos. En concreto, en lo referente a la etimología afirma que Casiodoro conocía los cuatro grados varronianos; que jugó con el primero y el cuarto y que éste último le permitía llegar a alcanzar el sentido más oculto del texto bíblico. Aunque las etimologías se concentran en esta tercera parte, Casiodoro en ocasiones recurrirá también a ella en la explicación del título y en la conclusión final<sup>173</sup>. Los ejemplos, no obstante, son escasos.

A diferencia de Jerónimo y de Agustín, quienes no incluyeron en sus comentarios ninguna consideración teórica acerca de la etimología, Casiodoro, ofrece una definición de la misma en el comentario del primer salmo.

La etimología, dice, es una pequeña oración que muestra mediante ciertas asonancias de qué palabra deriva aquella otra cuyo origen se indaga<sup>174</sup>. Son esas asonancias, precisamente, las que permiten establecer la relación etimológica entre los términos inductor e inducido. Nada indica sobre el carácter verdadero o verosímil que debiera o que pudiera tener esa relación, tal y como ya había señalado en la definición que de la etimología ofreció en el libro segundo de sus *Institutiones*<sup>175</sup>.

Ambas definiciones se complementan. Si en *Institutiones* habla de la etimología como una *demonstratio*, ahora se refiere a ella como *oratio breuis*. Esa *oratio breuis* es la forma que debe tener aquella *demonstratio*. La finalidad de la misma no es sino *declarare /ostendere* el origen de una palabra, esto es, de dónde deriva, *descendere /uenire*. En la *Expositio in psalmos* señala la manera de establecer esa relación, *per certas assonationes* y en *Institutiones* insiste en que la relación establecida ha de ser *uera aut uerosimilis*.

Los vocablos utilizados para designar el término inducido, *uerbum* y *nomen*, están empleados en su acepción más general. En la definición dada en el comentario a los salmos Casiodoro establece la equiparación entre los términos *etymologia* y *ueriloquium*. Esto no son, sin embargo, los únicos con los que designa la etimología. En los capítulos XIV y XV del prefacio alude a ella mediante el giro *uerborum proprietates*<sup>176</sup>.

La explicación teórica incluida en la *expositio* del primer salmo no se repetirá en ningún otro pasaje de su obra. Asimismo rara vez empleará término técnico alguno para referirse a la etimología<sup>177</sup>.

Como acabamos de señalar, la relación establecida entre el término inductor y el inducido es de derivación. En la mayoría de las etimologías propuestas por Casiodoro en su comentario a los salmos la relación de derivación se establece con relación a un único término. Sin embargo, también encontramos ejemplos en los que esas *assonationes* se establecen a la vez con dos términos distintos<sup>178</sup>. En estos casos podría pensarse que, tal y como afirma Klinck (1970: 17 y 40), la expresión *per certas assonationes* que encontramos en su definición de etimología anticiparía de alguna manera el método de etimologizar propio de siglos posteriores, la llamada *expositio*.

Con ayuda de la etimología Casiodoro explica aquellas palabras que pueden dificultar la comprensión de un determinado pasaje del salmo en cuestión. Acude a ellas en mayor número de ocasiones que Jerónimo y Agustín. La comparación de los comentarios a los salmos de estos tres

autores así lo demuestra.

Las situaciones en las que Casiodoro recurre a la etimología son variadas: unas veces ofrece la etimología de una palabra para explicar su significado usual con el fin de contraponerlo después al que de verdad va a tener en el texto bíblico<sup>179</sup>; en otras, la etimología le permite explicar el significado de una palabra para luego aplicarlo al salmo en cuestión<sup>180</sup>; asimismo la etimología también puede ayudarle a justificar la interpretación espiritual que acaba de proponer<sup>181</sup> o bien facilita la comprensión de la comparación alegórica a la que ha recurrido en su explicación<sup>182</sup>. Igualmente le sirve para demostrar que la lectura literal del salmo en cuestión no siempre se entiende<sup>183</sup>.

También encontramos ejemplos de erudición gratuita en su empleo. Muestras de ello son los siguientes ejemplos: en *in psalm.* 1. 6 al ofrecer la etimología del término *iter* no duda en indicar también la de *uia* que no aparece en el texto en cuestión; en *in psalm.* 10. 7, después de ofrecer su propia etimología de término *calix*, no duda en señalar también la de Macrobio que ya no era necesaria<sup>184</sup>; en *in psalm.* 32. 2 en el desarrollo de la explicación de cómo es una cítara aprovecha la ocasión para ofrecer también su etimología<sup>185</sup>.

Las etimologías que ofrece Casiodoro van casi todas referidas a palabras pertenecientes al enunciado de los salmos. No suele ofrecer etimologías de palabras incluidas por él en su explicación tal y como ya vimos que hiciera el gramático Servio<sup>186</sup>.

Muchas de las etimologías que este autor ofrece en sus salmos las hemos encontrado anteriormente en Varrón, en Festo o en los comentarios de Servio a los poemas de Virgilio<sup>187</sup>. Pero Casiodoro no indica en ningún momento que las haya tomado de ellos. Junto a las explicaciones tradicionales encontramos también nuevas interpretaciones. Es el caso de *uia*, término del que en 1. 6 ofrece la etimología que leemos en el *de lingua Latina* de Varrón y en 43. 19 ofrece otra nueva explicación<sup>188</sup>.

Es raro que Casiodoro ofrezca explicaciones etimológicas distintas para un mismo término. Lo usual es que si en salmos distintos comenta una determinada palabra en todos los casos ofrezca de ella la misma etimología<sup>189</sup>. A ello se une el hecho de que en cada explicación etimológica señala una única etimología. Los ejemplos de explicaciones múltiples son raros<sup>190</sup>.

En sus etimologías Casiodoro prefiere derivar las palabras latinas a partir del latín, recurriendo en escasas ocasiones al griego<sup>191</sup>.

Las alusiones a cambios fonéticos y a la evolución diacrónica de las palabras son casi nulas. De hecho sólo hemos registrado dos únicas menciones fonética en todas sus etimologías, una de las cuales corresponde a una cita de Macrobio<sup>192</sup>.

En sus etimologías recurre básicamente a la derivación y a la composición como métodos etimológicos, especialmente a la primera. También recurre, aunque los ejemplos son escasos, a los tropos de la onomatopeya y la antífrasis<sup>193</sup>. En cuanto a los esquemas, emplea tanto el derivativo<sup>194</sup>, como el causal<sup>195</sup> o el mixto<sup>196</sup>. Los ejemplos de este último son muy escasos.

En sus explicaciones etimológicas encontramos también ejemplos del uso de *quasi*. Este adverbio en la mayoría de los casos no lo emplea para introducir *nomina ficta* sino los dos elementos de un compuesto o, dicho de otra manera, explicaciones de palabras en las que las *assonations* se establecen con dos términos diferentes<sup>197</sup>.

De los distintos esquemas nombrados Casiodoro parece preferir el derivativo y el uso de *quasi*. Emplea el primero en cincuenta y dos ocasiones y el segundo en treinta y cuatro de un total de ciento veintiuna etimologías. El esquema “B quasi” será también muy utilizado por Isidoro.

Las diferentes etimologías pueden estar introducidas por un verbo. De ocurrir así, en la mayoría de los casos dicho verbo es *dicere*. En ocasiones emplea *componere* y *trahere*, éste último para etimologías derivadas del griego<sup>198</sup>.

Para finalizar diremos que, si bien antes hemos señalado que Casiodoro utiliza con mayor profusión que Jerónimo y Agustín la etimología en sus comentarios, su empleo es menor que el de las figuras retóricas. La retórica había ido adquiriendo poco a poco más importancia que la etimología en la exégesis bíblica.

El examen de los comentarios alegóricos realizados por Jerónimo, Agustín y Casiodoro nos lleva a concluir que:

1º - un comentario de tipo enciclopédico o técnico sería insuficiente para el fin último que persiguen los comentaristas cristianos: la interpretación alegórica de las Sagradas Escrituras;

2º - el comentario alegórico tiene dos niveles la exégesis literal y la alegórica o espiritual;

3º - el doble aspecto de los comentarios no cristianos, la *uerborum interpretatio* y la *historiarum cognitio*, queda subsumido en la interpretación literal;

4º - en el comentario alegórico los lemas a comentar no son palabras sueltas o, a todo lo más, versos sino unidades de sentido que engloban una o más frases;

5º - la etimología experimenta una cierta evolución dentro de este tipo de comentarios. Mientras que Jerónimo se sirve de ella tanto en el establecimiento de un texto correcto como en la interpretación del significado literal y alegórica del texto, Agustín y Casiodoro limitan su uso a la interpretación alegórica;

6º - en Casiodoro se experimenta un aumento del número de etimologías con relación a los otros dos autores;

7º - en las etimologías de los comentaristas cristianos el uso de las *quaternae causae* está muy restringido. El mayor número de ejemplos se registra en Jerónimo en su faceta de editor del texto bíblico. Por lo que respecta a los *nomina ficta* su número es también muy reducido.